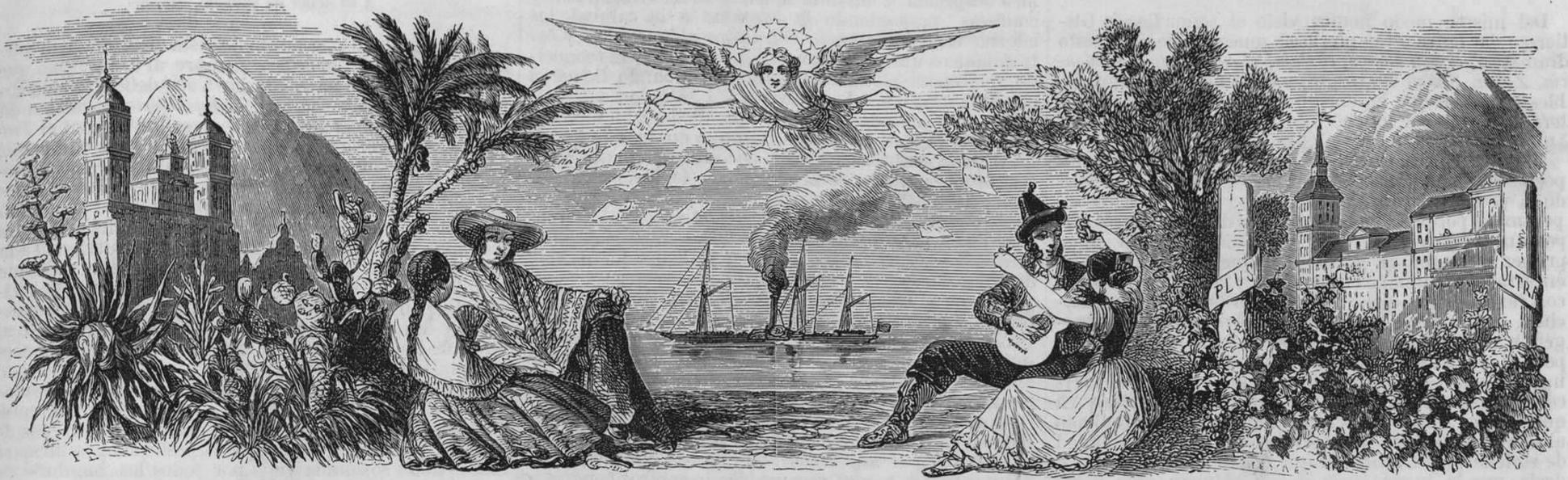


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : N. DE LASSALLE Y MELA.

AÑO 12. — N° 18.

Administracion general, calle del faubourg Montmarire, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Cuadro del señor Galofre. — Poetas españoles contemporáneos — Historia de la semana. — Poesías. — Mozart. — Baile dado por el ayuntamiento de Bruselas; grabado. — Estado de Nicaragua; grabados. — La razon de un duelo. — El café y el tabaco en Constantinopla. — Gotas de agua. — Obras en las embocaduras del Ródano; grabados. — La pena de los enamorados. — Fiesta indiana. — El ejército de la China; grabados. La estatua de nieve. — Animales célebres. — Modas. — Leopoldo I, rey de los Belgas; grabado.

Cuadro del señor Galofre.

Como es sabido, el progreso intelectual de la España en estos últimos tiempos no se ha limitado á la literatura, pues ha habido muchos talentos que han dejado á la posteridad estimables recuerdos tanto en las ciencias como en las artes. Solo en la pintura podemos contar hoy los nombres de Tejeo, Villamil, Esquivel, Gutierrez, Madrazo y otros muchos que seria prolijo enumerar y que honran todavía á la patria de Murillo y de Velazquez. Entre los pintores modernos mas distinguidos debemos colocar al señor Galofre, conocido no solo en España, sino tambien en Italia y en Francia; pues uno de sus cuadros que representa al papa Pio IX, rodeado de los cardenales mas notables, mereció hace poco la honra de ser comprado por el gobierno francés, siendo justamente elogiado por los inteligentes. Damos hoy una reproduccion de este bello cuadro tanto por la importancia del asunto que ofrece á nuestros lectores los retratos de los mas elevados personajes que gobiernan actualmente la Iglesia, cuanto por dar á conocer el talento del señor Galofre, que elevándose á un alto rango entre los artistas contribuye, como otros buenos talentos en diversos ramos, á sacar á su patria del estado de postracion en que yacia hace algunos años.



El principe Ruspoli. — El cardenal Amat. El cardenal Gizzi.

S. S. EL PAPA PIO IX.

El cardenal Franzoni. M. Grassellini.

POETAS ESPAÑOLES contemporáneos.

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

(Artículo tercero.)

Cansado estoy de oír repetir la idea de que el señor García Gutierrez no ha hecho nada despues del *Trovador*, y esta asercion tiene dos interpretaciones. Sea por la declinacion de la escuela romántica, sea por la mediana ejecucion de las obras en un país tan escaso de buenos actores como el nuestro, sea por otra causa cualquiera, lo cierto es que ninguna de las otras producciones del autor del *Trovador* ha obtenido la ardiente acogida, la envidiable popularidad que mereció su primer ensayo, y por esta razon dicen muchos que el señor García Gutierrez no ha hecho nada despues del *Trovador*. Yo creo, sin embargo, que ha hecho mucho, considerando no solo la cantidad sino la calidad de sus obras; y si la mayor parte de estas pertenecen á un autor que si nu hubiera inaugurado su entrada en el arte dramático bajo tan asombrosos auspicios, ó lo que es lo mismo, si el autor hubiera dejado para mas tarde la presentacion de su primer drama, el público juzgaria de muy diverso modo, estimando en su justo valor aquellas producciones que bajo el punto de vista del arte y de la inspiracion, son superiores á todos los dramas de nuestros otros poetas contemporáneos, aunque realmente sean inferiores al *Trovador*. Al señor García Gutierrez le ha sucedido con la serie de sus obras lo que al gran Quedo con el famoso soneto *á la nariz*. Este poeta hizo catorce versos magníficos, sublimes; pero tuvo la desgracia de hacer tan extraordinariamente bueno el primero, que á su lado palidecen los de-

más. Vemos, en efecto, como Quevedo compara la celebrada nariz á un reloj de sol mal encarado, á una alquitara pensativa, á una pirámide de Egipto, á una docena de tribus de narices; pero ¿qué significa todo esto en boca del que empezó su epigrama diciendo:

¿Eráse un hombre á una nariz pegado?

Del mismo modo hemos visto al señor García Gutiérrez dar entre otras preciosas muestras de su talento dramático, *el Rey Monge*, *el Paje*, *el encubierto de Valencia*, *Zaida*, *Simon Bocanegra*, y otras no menos apreciables joyas con que ha enriquecido nuestra moderna literatura; pero por mucho valor que tengan todas ellas, ¿qué significan, en efecto, al lado del *Trovador*?

El señor García Gutiérrez, el primero para mí de los poetas contemporáneos, holló el campo literario haciendo, á pesar de su raro mérito, concebir quiméricas esperanzas, porque tal es la suerte de los hombres que por un esfuerzo milagroso del genio traspasan en su primer arranque la barrera en que la naturaleza ha encerrado la humana concepción, y de los cuales suele con razon decirse que empiezan por donde debían concluir. Dando desde luego á luz el *Trovador*, pudo recoger en un día mas laureles que otros en muchos años; pero al abandonar la tierra en el vuelo de su atrevida inspiración, cometió como leara la imprudencia de acercarse demasiado al sol que debía derretirle las alas y ya que el señor García Gutiérrez no quedase imposibilitado absolutamente para volar, quedó en la imposibilidad de sostenerse á la altura en que se había elevado; quiero decir, que la importancia de su primera obra debía perjudicar á las demás, porque el *Trovador* es una de esas flores ricas de perfumes y de colores que solo brotan una vez del árbol del corazon en la vida de un hombre, así como solo aparecen de tarde en tarde hombres como el señor García Gutiérrez, capaces de producir una de esas flores tan apreciables por la riqueza de sus colores como por la excelencia de su perfume.

Pero á pesar de esto, el público se equivoca mucho cuando dice que García Gutiérrez no ha hecho nada despues del *Trovador*; porque, lo repito, cualquiera de los otros dramas de este eminente poeta vale mas que todos los que en nuestros dias han producido las musas españolas, y hubieran bastado á crearle una reputación sólida entre los autores dramáticos de la patria de Calderon.

La popularidad que logró alcanzar *EL REY MONGE* me dispensa de hacer aquí una descripción de su argumento, pero no de copiar aquellas inimitables quintillas con que el confesor consuela á la penitente, y que an justamente se han grabado en la memoria del pueblo:

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion:
Y cual tú no hubiera cosa
Si eres, mujer, tan hermosa
Como lo es tu corazon.

¿De qué he de absolverte yo
Blanca azucena, inocente,
Porque infame pié te holló?
Alza del suelo la frente,
Que á Dios no ofendiste, no.

Tú viniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado:
Yo tambien, mujer, he amado,
¿Es tan hermoso el amar!!

¿Pecado! dale otro nombre.
¿Esa es la vida! ¿Es la luz!!
El mismo Dios, no te asombre,
Murió por su amor al hombre
¿Enclavado en una cruz!

Estos versos, como Vds. ven, revelan al autor del *Trovador*: la flor de las ilusiones habia apurado mucha parte de su esencia, pero no la habia destilado toda en el primer impulso de su amorosa expansion; y aunque el señor García Gutiérrez no tuviese en sus dramas otro resorte para cautivar la atencion que sus versos tan sentidos y delicados como fáciles y armoniosos, sabria cautivar á los espectadores del mismo modo que prescindiendo de otras circunstancias sabe el señor Breton embelesar al auditorio con la fluidez de sus versos y la espontaneidad de sus chistes. ¿Qué inimitables quintillas! ¿qué vibraciones tan dulces produce una lira en manos de un poeta como García Gutiérrez! ¿Qué melodías tan sencillas y naturales emplea para herir hasta en las almas menos apasionadas las fibras del amor! Nunca recurre, ni le hace falta, á esos efectos de puro rudo rebuscados por los hombres desprovistos de sentimiento en la algaravía de la instrumentación, y que si no satisfacen á los temperamentos privilegiados, logran por lo ménos fascinar á la multitud tan fácil de sorprender. ¿Qué diferencia tan inmensa hay de la poesía de García Gutiérrez á la de Zorrilla! El primero puede decirse que canta; el segundo tiene buena voz. El uno es sencillo en la expresion de lo que siente; el otro es excesivamente declamatorio, y acaba por aplaudirse lo que ha dicho, cuando realmente no ha dicho nada. García Gutiérrez, en fin, se dirige á los corazones capaces de latir al escuchar el acento de un alma

conmovidá; Zorrilla habla para ese vulgo amigo de los vocingleros que nunca da la razon al que mas le persuade, sino al que mas le deslumbra. El hombre que como García Gutiérrez ve clara una idea en el espejo de su imaginación, la presenta tal como es, galana sin artificio y fiada solo al irresistible atractivo de sus gracias naturales; el que, como Zorrilla, prefiere á una idea despejada y distinta muchas ideas atropelladas y confusas, posponiendo la cantidad á la calidad, las adorna espléndidamente con trajes abigarrados y estrambóticos que no pertenecen á pueblo alguno conocido ni á época alguna determinada. Cuando llegue el caso de juzgar á este último poeta, á quien vuelvo á decir que concederé todo lo que de derecho merezca por sus grandes facultades, aunque no todo lo que le ha dado la multitud, falanje poderosa en cuanto á veces sofoca la fuerza de la razon con la fuerza del número, haré palpable la verdad de mis observaciones, y desde ahora prometo no desplegar otra vez mis labios para emitir una opinion en materias literarias, si el mismo señor Zorrilla sabe explicarme lo que ha querido decir en muchos de sus mas excelentes versos.

Pero no se trata aquí de Zorrilla sino de García Gutiérrez, y no debo emplear mi tiempo en paralelos, por mas que algunas veces sean naturales y hasta precisos, atendiendo á que la comparación es uno de los medios que tenemos para dar á conocer la mayor ó menor importancia de las cosas que juzgamos.

He dicho que el señor García Gutiérrez no habia apurado en el *Trovador* todas sus delicadas melodías, y efectivamente en el *Rey Monge*, en el *Paje*, y en todos sus dramas mas ó ménos censurables bajo otros conceptos ha dado sin ostentación ni ruidoso aparato incomparables muestras de su talento como poeta y como versificador. Pero una de las producciones en que mas feliz ha estado sin duda, es el *Encubierto de Valencia*, drama, sin embargo, que mereció el triste honor de ser silvado por el público madrileño, tan aficionado á las composiciones de Zorrilla, y, lo que es mas, á las comedias de D. Tomás Rodríguez Rubí.

El Encubierto de Valencia es en mi concepto el primero de los dramas modernos despues del *Trovador*. No tiene como este aquel colorido sentimental tan generalmente sostenido, porque esto raya en lo imposible, y además porque pertenece á otro género. El protagonista, heredero de la sangre real sin saberlo, ofrece su corazon á la hija de uno de los mas decididos campeones de la libertad y su espada á la causa del pueblo; pero cuando llega á conocer su origen, reniega de su partido y de sus amores, cosa muy natural y comun en la historia de la humanidad, porque desgraciadamente si hay en el hombre pasión alguna que se sobreponga á todas las demás es la de la ambición. La mujer ofendida por el desvío del hombre cuyo cariño habia creído sincero, quema en un momento de despecho la credencial de este, y cuando los partidarios de la libertad quedan vencidos, la desgraciada tiene que optar entre la salvación de su amante ó de su padre, dando á este último, como era natural, la preferencia. Tal es, en resumen, el fondo del argumento: lo que me sería difícil explicar en pocas líneas, es la admirable preparación de cada uno de sus cuadros, las bellísimas situaciones dramáticas en que abunda, la novedad de los caracteres, y sobre todo los encantos de aquel diálogo tan animado, tan natural y tan altamente poético, sin faltar á las exigencias del tono dramático. Baste decir que el público que acabó por silvar el drama, aplaudió frenéticamente todas sus escenas excepto la última, y poco ántes de caer el telon creían muchos que el autor del *Trovador* habia dado un paso mas aventajado en la literatura dramática. Yo, testigo de aquel extraño acontecimiento, creo no haber visto nunca una obra tan repetidamente aplaudida, y sin embargo, por una de esas inconsecuencias que no tienen explicación, el público, olvidando últimamente el entusiasmo que el drama le habia producido, acabó por silvarlo, sancionando aquel adagio vulgar de « hazme ciento y yérrame una, » que tan fielmente retrata la inconstancia de la multitud. Efectivamente, el señor García Gutiérrez habia rebajado demasiado el carácter del protagonista en la última escena; pero ¿era esta razon para que el público olvidase las bellezas que tanto le habian cautivado en una obra con tanta novedad imaginada en el fondo, con tanta maestría desenvuelta en su mayor parte y con tanta poesía escrita en su totalidad?

He aquí uno de los muchos trozos en que el señor Gutiérrez puede decirse que obtuvo tantos aplausos como versos: habla un guerrero que va á tomar las armas para defender las libertades, y confía su hija María á la protección de la Virgen:

Madre de Dios amorosa;
Proteje desde este día
Su juventud peligrosa:
Tambien como tú es hermosa;
Tambien como tú es María.

Si llega á tí mi querella,
Oye, que te ruega un padre,
No por mí, sino por ella;
Por la mísera doncella
Sin el amor de su madre.

¿Venero de castidad!
Tú que en amor y piedad
Al Dios ingénito igualas,

Tiende sobre ella tus alas
Y protege su horfandad.

No tiene padre, lanzado
En la espantosa corriente
De ese piélago irritado,
El sueño apenas consiente
A su deber de soldado, etc.

Lo repito, bajo este punto de vista siempre se descubre al autor del *Trovador*, siempre al gran poeta que tan delicado tinte ha sabido dar á sus delicadas emociones, así en el *Paje* como en el *Encubierto*, lo mismo en la *Zaida* que en el *Rey Monge*, y sobre todo en el *Trovador*. Pero el drama mejor del señor García Gutiérrez, considerado como obra clásica, es sin duda *Simon Bocanegra*, aunque diré francamente que es el que ménos me satisface como obra de inspiración, por cuya razon no quiero detenerme en su exámen, y diré solo para formular mi juicio de un modo breve recurriendo á la fácil via de las comparaciones, que no tiene nada que envidiar al *Marino Faliero* del célebre Casimir Delavigne. El público de Madrid, justo algunas veces, aplaudió este drama, y yo que creo ser justo siempre, coloco al autor de tan apreciables obras á la cabeza de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, como he puesto al señor Breton de los Herreros á la cabeza de nuestros poetas cómicos. Estos son en mi concepto los dos representantes de nuestra moderna literatura mas dignos de respeto, y estoy seguro de que la posteridad confirmará esta opinion sostenida hoy por todos los hombres de criterio que no han caído en la emboscada de alguna pandilla literaria.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

En la noche del viérnes último salimos varios amigos para una expedición lejana. Tratábase de la primera representación de una zarzuela cuya música era de un joven español en quien hemos tenido siempre buenas esperanzas, pero el teatro donde tuvo lugar este primer ensayo de nuestro compatriota se halla situado á una distancia tal, que cuando el cochero que debia conducirnos oyó decir: ¡A Montparnasse! se quedó mirándonos con los mismos ojos que habria puesto si le hubieramos dicho:

— ¿A Madrid ó á San Petersburgo!

La ley, y en su nombre el prefecto de policía, castiga severamente á los cocheros que se insubordinan contra los percances de su oficio; por eso el nuestro, sin dejar de obedecer la orden que se le intimó, se contentó con preguntar con esa sorna irónica de los cocheros parisienses:

— ¿En qué calle y qué número está ese teatro?

Ha habido en Francia un rey que tuvo mucha fama de sabio durante su reinado, al que se atribuyen las siguientes palabras:

— Todo parisiense ha ganado la cruz de la legión á los cuarenta años por solo el hecho de haber caminado en los coches de alquiler que hay en la capital del mundo civilizado.

Aquella noche conocimos la profunda sabiduría de este dicho célebre. Los dos caballos blancos de nuestro vehículo azuzados por una abundante lluvia de primavera que, entre paréntesis sea dicho, no se diferencia en nada de la lluvia de invierno, llevaban este trotecillo fantástico que tiene todas las apariencias de una marcha veloz, pero nada mas que las apariencias.

Ya habíamos dejado tras de nosotros la inmensa capital con su millon de luces, su ruido y su eterno movimiento; ya habíamos atravesado la barrera hacia rato, y trotábamos por el arrabal de Montparnasse sombrío y desierto á aquella hora como una aldea de la Mancha, cuando nuestro cochero se detuvo á la puerta de una casa de humilde apariencia cuya fachada estaba alumbrada por un par de faroles que proyectaban en el agua que inundaba la calle una luz opaca.

Habíamos llegado á nuestro teatro.

El encargado de expender los billetes á la puerta cuando vió brillar en sus manos la efígie del emperador Napoleon en una blanca moneda de cinco francos, la miró con aire de asombro, y se salió fuera: sin duda la caja no contenia lo bastante para dar el cambio.

Bajando por un estrecho corredor, entramos en la sala. ¿Quién de nosotros no ha visto alguna vez un teatro improvisado con cuatro tablas, donde unos pobres cómicos de la legua aborozan á su auditorio con uno de esos clásicos sainetes, cuyo principal resorte teatral reside invariablemente en los latigazos? La muchedumbre se ríe francamente en esas farsas, lo mismo que los cómicos que van de aldea en aldea, alegres y contentos como unas pascuas, viviendo de la escasa limosna que les procura el arte.

Otra miseria muy distinta vimos en el teatro Montparnasse.

Al triste resplandor de una araña donde ardian cuatro luces de aceite protestando contra una civilización que solo ha inventado el gas para los ricos, media docena de actores querian representar, no sainetes, sino comedias del género elevado, ante un público de barrera, mefítico, hediondo, llevando encima las indelebles señales del vicio parisiense, la embriaguez brutal y el libertinaje.

Un observador profundo quizás habria descubierto en aquellas figuras que se movian sobre la escena, las huellas de una existencia borrascosa arrojada por la marea parisiense fuera de las playas por cuyas arenas resbalan los desgraciados y los débiles; quizás habria visto tambien el irresistible impulso de una miseria oculta queriendo luchar hasta el último extremo, ó

bien la *insouciance*, el descuido ó abandono del hombre no provisto de bastante sentido moral, para apreciar donde acaba lo permitido, y donde la degradacion comienza.

En la orquesta habia sentados cuatro músicos, que eran, permitásenos la hipérbole, los cuatro caballos entre los que iba á morir descuartizada la música de nuestro compatriota.

— El director de orquesta es un sepulturero, nos dijo un espectador que habia al lado; de día trabaja en el cementerio que está en frente.

La observacion correspondia muy bien con nuestras ideas.

Fuerte debe ser el influjo magnético que ejerce Paris sobre las organizaciones artísticas de nuestra época. ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas desvanecidas! Decid á un músico, á un pintor ó á un poeta que Paris es una madrastra infernal, caprichosa y á veces necia, que solo tiene favoritos no hijos; que cuando colma á uno de tesoros y de glorias, ahoga en sus brazos á mas de ciento, y el poeta, el pintor y el músico os responderán con una sonrisa de desden, porque ¿quién es el que no se cuenta entre los elegidos?

¡Y despues es tan placentero asistir, contribuir tambien al movimiento, al trabajo incesante de esta civilizacion que marcha y marcha siempre! Pasar las horas, los días y los años ganando terreno en la carrera á cuyo fin está el punto luminoso, la corona esplendente que parecida al agua en el desierto se ve siempre á lo lejos, mas lejos cuanto mas uno se acerca.

Pero la hora de la decadencia se aproxima, y á la decadencia sucede inmediatamente la muerte. ¡Hora terrible de expiacion y de amargo desengaño!

Entónces el pintor que vió en Rafael un representante incompleto de su propio genio, acaba pintando á las puertas de las tiendas cuadros alegóricos que deshonoran el arte.

Entónces el escultor que deshizo en sueños el mármol de Canova, dándole nueva vida con un cincel fantástico, desempeña un humilde papel poco mas elevado que el de los albañiles; y el músico, sin vista ya, y con la mano demasiado trémula para llevar el arco, se retira despedido por el jefe de orquesta que temió en á morir su guardilla una floritura intempestiva.

Pero es cierto que se vivió, y aun se muere alegremente.

No hace dos meses se suicidió un violinista que habia quedado ciego, dejando escrita una carta en la que decia, que habiendo agotado sus últimos recursos, y no queriendo implorar la caridad pública, se marchaba del mundo, y añadia: ¡Oh serenidad digna de mejor causa! ¡qué moria gozoso, porque ya no volveria á tocar la horrible música de los compositores modernos que atruena los oídos!

Este hombre se suicidaba sencillamente, como quien ejecuta la cosa mas natural del mundo; daba los motivos y razones que habia tenido para ello, y aun se entretenia en chanzonetas propias del oficio.

A este suicidio siguió otro tambien acompañado de circunstancias que solo puede explicar la vida artística. Este último era un actor dramático que habia llegado al fin de su carrera, y se hallaba desprovisto de todo recurso. En efecto, su guardilla presentaba la mas horrible desnudez; su cuerpo se encontró sobre un monton de paja, al lado del brasero donde habia ardido el carbon homicida; pero á la puerta de su miserable vivienda se halló pegado un papel manuscrito imitando los carteles de las funciones de teatro, cuyo contenido era el siguiente:

GRAN FUNCION EXTRAORDINARIA PARA ESTA NOCHE

DESPUES DE UNA BRILLANTE SINFONIA

Se pondrá en escena

LA MUERTE DE CESAR,

Tragedia de M. de Voltaire en muchos actos y en verso.

El mundo parisiense ofrece diariamente ejemplos de estos dramas terribles cuya publicidad es quizás un aliciente emponzoñado para que se repitan. Y al lado de estas víctimas de una vocacion equivocada, hay otras que bajan al sepulcro voluntariamente con la frente ceñida de rosas y la copa en los labios, en medio de la opulencia, como escarneciendo con sonrisa diabólica lo que los hombres llaman pomposamente felicidad humana.

En la semana última, un jóven de una fortuna brillante, convidó á una espléndida cena á una porcion de amigos suyos en una de esas fondas parisienses que hacen mentir al proverbio de que «no es oro todo lo que reluce.» Las esquelas de convite estaban redactadas con un estilo solemne que llamó la atencion de los convidados. El motivo de aquel festin nadie le adivinaba, pero de todos modos ninguno faltó á la cita.

Cuando la mesa radiante de luces y cristales estuvo ya completamente guarnecida con los que se esperaban, el jóven levantándose y tomando una copa en la mano, habló en estos términos:

— Señores y señoras, he querido reunir aquí á todos ustedes para despedirme alegremente de la vida....

Los asistentes se levantaron de la mesa trémulos de confusion y de espanto.

— Sí, continuó el jóven, he querido morir en medio de todos aquellos que me recuerdan los momentos mas dulces, los ratos mas placenteros de mi vida.

Y al decir esto vació de un solo trago la copa, y cayó muerto, mordido por un fatal veneno.

Haciendo yo estas reflexiones y pensando en todas estas cosas, representaron en el teatro Montparnasse la obra del jóven español, intitulada *Chez les Turcs ou le Cadi Herkouk*, de cuyo libreto me seria imposible decir palabras á mis lectores.

— Pero perderán en ello, me diria el mismo señor Valenti, el autor de la música que, como buen partidario de la escuela italiana, profesa el mayor desden por los argumentos, y se acuerda muy bien de la respuesta que Rossini dió al rey Luis Felipe un dia que este le rogaba que escribiese una nueva ópera,

despues del *Guillermo Tell*, diciendo, para tentarle, que le mandaria escribir un libreto.

« No se canse V. M., respondió el inmortal maestro; si estuviera en ánimo de escribir, aun seria capaz de poner en música la misma *Gaceta* del gobierno. »

Y en cuanto á la música del señor Valenti ejecutada por aquella orquesta y cantada por aquellas voces, ¿qué podriamos aventurar aquí que no pareciera exagerado juicio? Los motivos frescos y originales de la abertura, lo mismo que los cantos fáciles y suaves de la zarzuela, fueron inhumanamente sacrificados, y con la mejor voluntad del mundo, preciso es confesarlo, sin que el público ni ellos mismos se estremecieran y temblaran de horror en aquella catástrofe espantosa.

El señor Valenti se ha dado ya á conocer en Paris por varias composiciones de un gusto exquisito; muy jóven y apasionado por su arte, tenemos la esperanza de verle llegar de Montparnasse á la Opera-Cómica; la distancia es mucha, pero confiamos en su talento para salvarla.

Por lo demás, la prueba de viérnes quedará impune, y el señor Valenti podrá responder á los que le pregunten porqué dió á semejante teatro su bonita música, lo que respondió madama Dorval en un caso idéntico, una vez que tuvo la humorada de representar en un teatro de barrera su creacion inmortal de *María Juana*:

— ¿Y quién lo sabe?

En efecto, la grande actriz de nuestros días, la que supo dar vida sobre las tablas á las creaciones revolucionarias del drama moderno, pudo bajar al sepulcro sin que nadie sospechara que habia cometido aquella accion infame.

Los grandes artistas tienen estos momentos de abandono, caprichos de gran señor, como los reyes que se disfrazan y se mezclan en el paseo con sus vasallos.

Pero tambien los ojos de todo un pueblo rara vez se engañan, y para el que está alerta no hay disfraces.

Esto lo decimos para venir á un lance ocurrido á principios de la semana, y cuyo héroe es uno de los príncipes del mundo literario, sobre todo el mas conocido del público, y el que disfruta de mas popularidad tanto en Francia como en el extranjero.

Su nombre en esta aventura debe callarse respetuosamente.

El ilustre escritor emigró de Paris cuando los acontecimientos de diciembre, y no por causas políticas, sino por motivos financieros, que ponian á descubierto en lontananza la cárcel de Clichy, esa mansion donde se paga con la abstinencia de la libertad lo que no ha podido pagarse con billetes de banco.

La emigracion es un mal terrible, sobre todo cuando se está á las puertas del suelo patrio. De Bruselas á Paris hay tan corta distancia! La máquina Crampton se desliza por el ferro-carril dos veces al día, á razon de veinte leguas por hora; casi la velocidad del telégrafo eléctrico.

Nuestro refugiado no pudo resistir á la tentacion el lunes último, y quiso presenciar una de las famosas luchas de la sala Montesquieu; pero apenas habia estado sentado un cuarto de hora, cuando dos caballeros se le acercaron y le preguntaron donde vivia, para pasar á tratar con él un asunto importante.

— Vivo en Bruselas, respondió el escritor.

— Sí, entiendo; ¿pero cuáles son en Paris sus señas de Vd.?

El escapado del destierro conoció con quien se las habia, y respondió:

— En el café Tortoni.

Sabido es que por la noche la ley no tiene fuerza contra los deudores; el código es tan moral que quiere que todo el mundo se acueste tranquilamente. Gracias á esta circunstancia, el escritor en cuestion pudo disfrutar de un espectáculo que tanto le interesaba.

A la mañana siguiente al amanecer habia en la esquina del café Tortoni una de esas rondas de lobos espiando la presa, que tan bien ha descrito nuestro héroe en sus dramas y novelas.

Apénas se abrieron las puertas del famoso establecimiento, cuando los dos sujetos de la noche anterior se precipitaron dentro.

— ¿El señor *** preguntaron al primer mozo que vieron.

— Esperen Vds. un instante.

En efecto, un instante despues volvió á presentarse el mozo con una bandeja donde venian erguidos y encapotados dos hermosos sorbetes de piña de América.

— Esto ha dejado para Vds. les dijo sonriendo.

Ya en aquel momento el ilustre autor de tantas y tan bellas producciones se hallaba nuevamente bajo la proteccion de S. M. Leopoldo I, rey de los belgas.

MARIANO URRABIETA.

24 de abril.

A un chato.

Cuando alguno te ofendiere,
Como careces de trompa,
No temas aunque dijere:
« Calle el feo, sino quiere
Que las narices le rompa. »

Las dudas me vuelven loco.
Aunque el mas leve deslize
Pille tu olfato feliz,
No podrán decir tampoco
Que tienes buena nariz.

Y aunque disputes, amigo,
Con razones infelices,
No podrán, siendo testigo,
Decir al hablar contigo:
« Miren qué par de narices. »

De vicio debes quejarte.
Te envidio ¡mucho que sí!
¿Quién podrá decir de tí,
Al pasar por cualquier parte:
« Ya las narices le vi ? »

Y es que tampoco dirán,
Pues decirlo no podrán
Aunque de risa las lien,
Que al ver tu cara de can
En tus narices se rien.

¿Te quejas, por vida mia,
De tu destino infeliz!
¿Qué es, cuando está fresco el día,
Lo primero que se enfria?
¿La punta de la nariz!

¿Dónde mas daño te harás,
Si algun porrazo te abruma?
En ella, por ser quizás
Lo que sobresale mas,
Salvo error de pelo ó pluma.

Y si duermes con trabajo,
Cuando el cuello te se encorve,
Tú, riéndote del orbe,
¿Zas! te vuelves boca abajo
Sin que la nariz lo estorbe.

Mas ya miro que bendices
La razon en que me fundo,
Y muy satisfecho dices:
« Para vivir en el mundo
No es necesario narices. »

Pero..... á Dios, cara de gato.
¡Punto! de cansar por tí
A mis lectores no trato;
Que no me fastidia á mí
En el mundo ningun chato.

EDUARDO ASQUERINO.

A la ciega del Manzanares.

Vemos la torre angular
Redonda; vemos que gira
El fijo gran luminar;
Vese el espectro solar
Crecer y todo es mentira.

Solo del entendimiento
La luz celestial nos guia
Con verdad al firmamento
Donde tiene su alto asiento
El Dios que verás un día.

La vida del hombre.

SONETO.

Débil raudal, que tímido marchando
Leve rama del frezo detenia,
Crece, ligero corre y en su via
Entre plantas y riscos va jugando:

Limpido arroyo, salta retozando;
Riachuelo veloz, con valentía
Salva el tronco y peñasco, y su alegría
En medio la pradera va mostrando:

Rio, surca orgulloso el valle ameno;
Mas cuando las llanuras fertiliza
Mezcla sus puras aguas en el cieno:

Turbio y pesado entónces se desliza
Del mar á sepultarse al hondo seno.
Tal nace el hombre, crece y finaliza.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

Mozart.

Juan Crisóstomo Wolfgang Teofilo Mozart nació en Salzburgo el dia 27 de enero de 1756. Su padre Leopoldo Mozart, que tambien fué músico, notó en su hijo una grande y excesiva inclinacion á la música, y así apénas cumplió los cuatro años, cuando se ocupó, como por entretenimiento, en enseñarle los rudimentos de este arte; al año siguiente el niño compuso algunos minués que su padre notaba, haciendo que él los dictase para excitar su emulacion. Un dia le sorprendió componiendo un concierto para el clave, y despues de haberle examinado con todo cuidado, le halló enteramente ar-

reglado, pero tan difícil, que nadie hubiera podido ejecutarlo. Admirado el padre de los prodigiosos y rápidos progresos que su hijo había hecho en tan tierna edad, formó el proyecto de pasar á Viena á presentarle al Emperador, y de recorrer todas las córtes extranjeras para que admirasen este fenómeno. El niño tenía entonces seis años, y á los catorce había sido ya el pasmado de París, Londres, Milan, Florencia, Nápoles y Roma, á la que llegó el día de Semana Santa, en que se

cantaba en la capilla Sistina el famoso *miserere*, del que no se puede sacar copia sin incurrir en excomunion mayor. Sabiendo esta prohibicion, fué con su padre á la capilla, donde oyó tan á satisfacción suya el *miserere*, que despues en su casa le notó todo. El viérnes siguiente volvieron á cantarle: puso su borrador dentro del sombrero, y al paso que le cantaban iba haciendo algunas correcciones, con lo que logró sacar una copia tan exacta y completa, que el primer soprano que le había

cantado en la capilla se sorprendió al oírsele cantar á Mozart al clave.

A los diez y nueve años se le contaba ya entre los mas famosos compositores de la Europa, y á los treinta y seis cumplidos murió.

Sus principales óperas son: *el Robo del serrallo*, *el Casamiento de Figaro*, *Don Juan*, *Cosí fan tutte*, *la Flauta encantada*, *el Director de teatros*, *la Piedra filosofal*, *la Clemencia de Tito*, y *el Idomeneo*.

Baile dado por el ayuntamiento de Bruselas á la familia real.

Maravillosas han sido las fiestas dadas en Bruselas con motivo de la mayoría del príncipe real; solo el tiempo ha estado triste y sombrío, pero el entusiasmo lo ha suplido todo.

No hablaremos aquí de todas las ceremonias á que ha dado lugar este aniversario, tan dichoso para el pueblo belga. El príncipe se instaló en el Senado, como ya saben nuestros lectores, pronunciando un discurso que fué muy aplaudido, y el Senado y la Cámara fueron recibidos en palacio por el rey Leopoldo.

S. M. y los príncipes asistieron á la inauguración de muchos trabajos públicos de la mayor importancia para la capital; por la noche estuvieron en dos funciones teatrales, y por último se dignaron honrar con su presencia el baile de la casa de Ayuntamiento, cuya vista acompaña á estas líneas, y que fué de lo mas esplendente que ha habido hasta aquí en Bruselas.

Como los salones del palacio municipal eran demasiado estrechos para las 4,000 personas convidadas, se encargó á M. Poelaert que añadiera á ellos otro salon vastísimo. El arquitecto se valió para esto del inmenso patio del edificio, donde puso un tablado que alcanzó hasta el primer piso, de modo que todos los aposentos estaban unidos.

En la casa de Ayuntamiento hay un salon llamado gótico, que es una especie de largo corredor con arcos ogivales, y un techo de maderas azules sembradas de estrellas. En unos pedestales colocados junto á la pared se ven las estatuas de piedra de los antiguos duques de Brabante. A fuerza de trabajos se lograba adornar esta sala, cada vez que las circunstancias lo exigian, pero esta vez M. Poelaert la ha inutilizado, improvisando un magnífico salon gótico del mejor gusto.

Este nuevo salon tiene 27 metros de largo sobre 18 de ancho y de alto. Su admirable estilo está copiado del que se ve en el palacio de Westminster, y el salon visto de dia, se parece un poco á la Cámara de los lores; solo faltan los sillones de encina esculpida de los nobles oradores de la antigua aristocracia británica.

La bóveda alta y hermosa lleva en sus cuarterones que figuran la encina dorada, los nombres de las poblaciones mas gloriosas de la Bélgica, y las banderas y estandartes colocados en los arcos recuerdan en sus inscripciones los gritos de esas mismas provincias.

En los espacios cerrados por los pilares góticos se hallan suspendidos lienzos pintados, donde se destacan sobre un fondo de oro los antiguos duques de Brabante y los condes flamencos, y bajo esos cuadros, grandes estatuas doradas recuerdan otras glorias guerreras ó pacíficas.

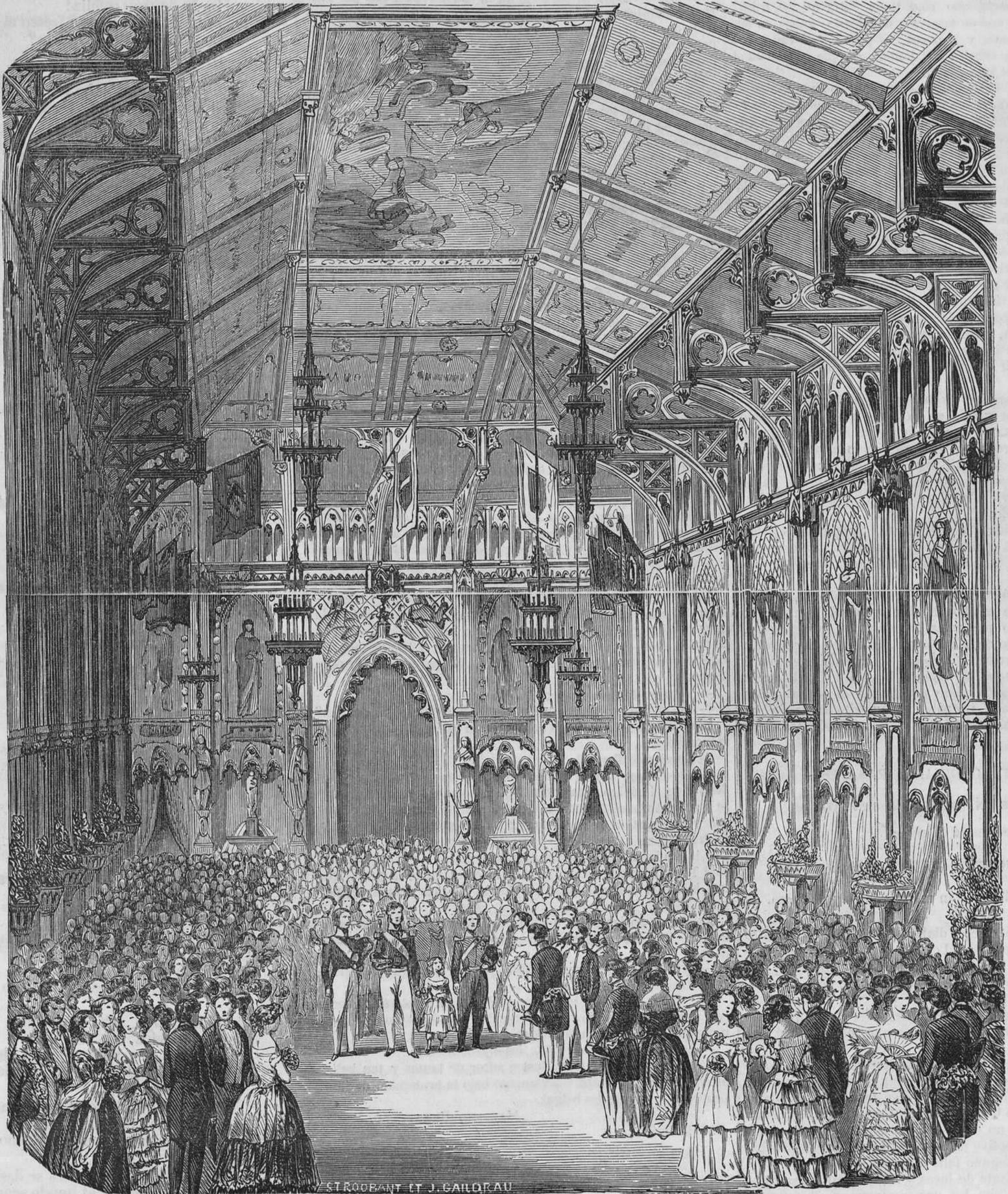
En los estandartes que se ven en los ángulos del salon hay inscritos nombres de batallas y fechas memorables. En una palabra, admirase allí todo el pasado gótico y libre de las provincias belgas, resucitado por el genio de un artista. Hasta aquí los adornos no son mas que una lección de historia; pero los canastillos de flores, los divanes, las llamas de gas que arden por todas partes, dan á conocer que nos hallamos en un asilo encantado, donde una música viva y alegre nos convida

sentó en su trono, teniendo á su derecha á S. A. R. la infanta Isabel de Borbon, y á su izquierda á la princesa Carlota. Los presidentes y los miembros de las dos Cámaras, todos los grandes artistas del país, en una palabra, lo mas selecto de la capital, se hallaba en este baile, donde tambien se veia á M. Alejandro Dumas y á mademoiselle Dumas, cuyo prendido caprichoso llamó la atención en sumo grado.

Los príncipes bailaron una contradanza, el duque de Brabante con la infanta de España, y el conde de Flandes con la princesa de Ligué. El rey se retiró á las doce de la noche, pero los príncipes se quedaron hasta las dos.

El recuerdo de esta brillante fiesta no se borrará en mucho tiempo de los corazones. ¡Honor al arquitecto M. Poelaert, que improvisó una obra maestra de lujo y elegancia!

M. U.



á todas las locuras del baile.

El trono, que se hallaba colocado á la cabecera del salon, estaba tambien adornado con góticas riquezas. En frente habia un espejo inmenso que reflejaba los ornatos y animacion del salon de baile, y cada lado se veia una hermosa fuente con la estatua de san Miguel, patron de la ciudad de Bruselas.

No hay para que añadir aquí que en esta fiesta se hallaron todas las notabilidades que encierra la ciudad de Bruselas. El rey y los príncipes llegaron á las diez y media, acompañados por M. de Bronckere, burgo-maestre, y por M. Poelaert, arquitecto.

El rey vestia un uniforme de general, y llevaba el grandordon de su orden. El duque de Brabante estaba de senador, con el gran cordon de la orden de Leopoldo y otras varias condecoraciones. El conde de Flandes llevaba tambien uniforme; la princesa Carlota iba de blanco con un corpiño resplandeciente de diamantes; toda la servidumbre de palacio acompañaba á la familia real.

El rey se

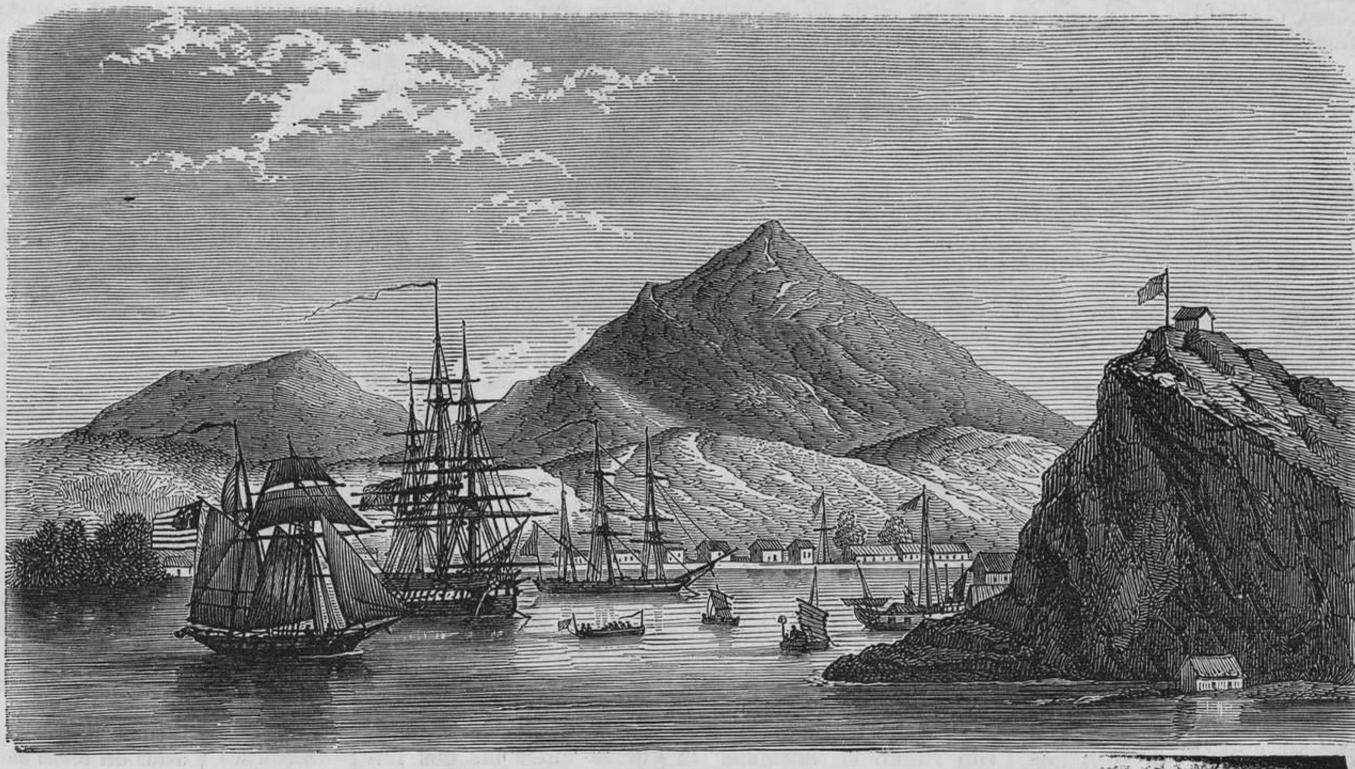
Estado de Nicaragua, por el señor Squier, encargado de negocios de la república de los Estados-Unidos en la América del Sur.

Si alguna vez han sentido dos naciones, una contra otra, celos que solo necesitan un átomo imperceptible, el motivo mas fútil para convertirse en odio, indudablemente estas dos naciones son la Gran-Bretaña y los Estados - Unidos; la una, madrastra susceptible, atrabiliaria, ansiosa de disputar paso á paso el dominio de los mares y la invasion; la otra, enseñando los dientes á la menor demostracion, y decidida á todo por defender su integridad y rechazar la usurpacion de la Inglaterra en su continente.

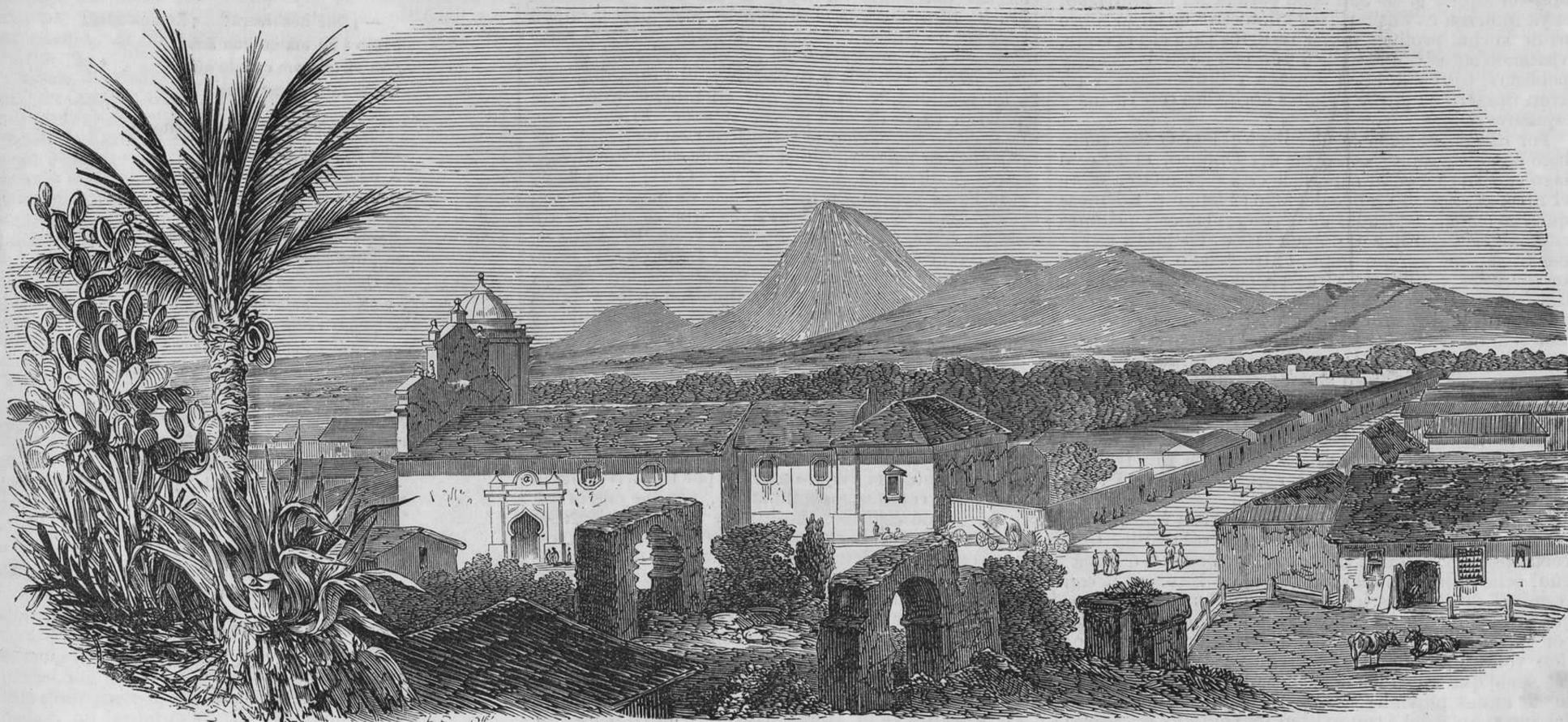
El señor Squier, autor del libro de que damos hoy noticia, fué encargado á fines de 1848 por el presidente Polk de ir al Estado de Nicaragua á velar por los inte-

reses de los Estados-Unidos, aceptar, en nombre de la república, la proteccion pedida por los nicaraguanos,—que rehusaban la de Inglaterra,— y estudiar, al mismo tiempo los medios de utilizar las diferentes corrientes de agua que desembocan del lago de San Juan en el golfo de Méjico y el océano Pacífico, á fin de establecer, si era posible, entre los dos mares una comunicacion directa capaz de dar salida á buques de alto bordo. Tal era la mision del señor Squier.

Hasta despues del descubrimiento de la California, apesar de haberse presentado varios proyectos para reunir los dos Océanos por medio de un canal, la necesidad de esta comunicacion no era tal, que se juzgara

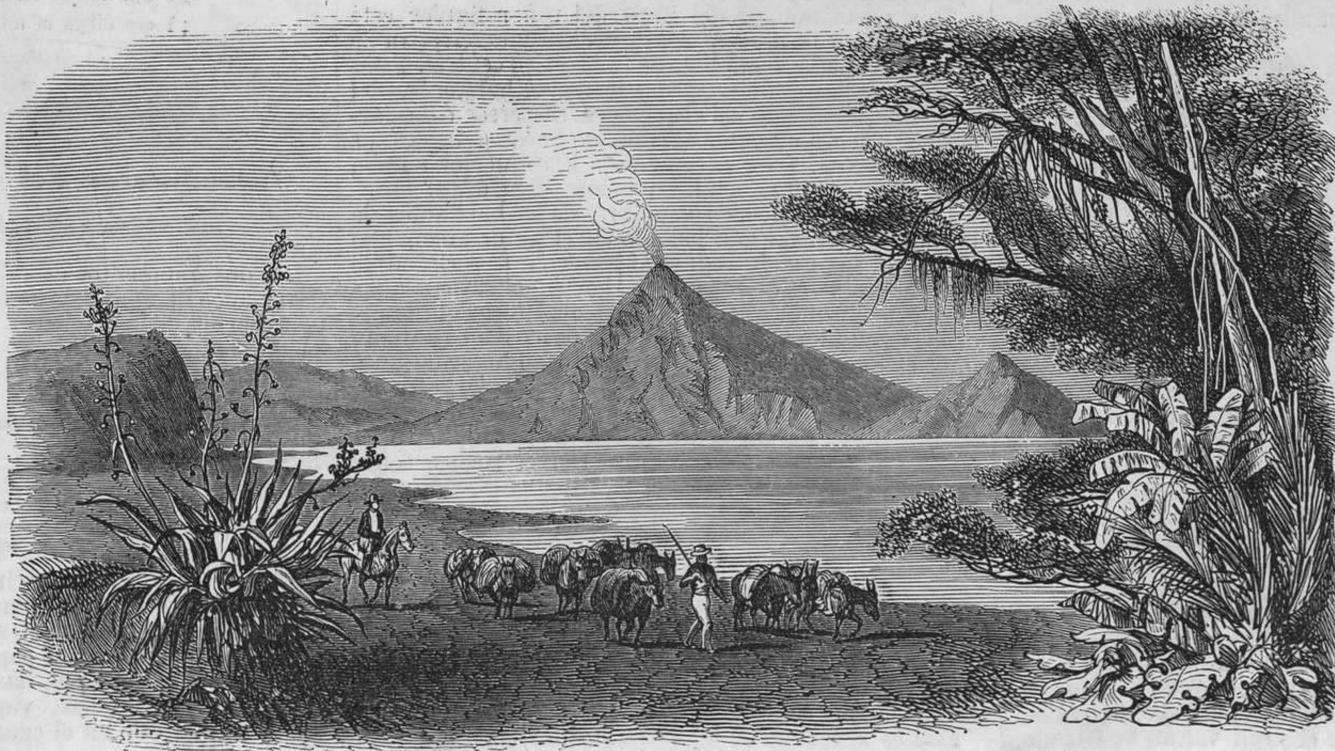


Isla del Tigre.



Leon de Nicaragua y el volcan Viejo.

urgente el ocuparse de ella con premura. La primera tentacion, hecha por la casa de Barclay de Lóndres, en 1824, no habia tenido resultado. En 1845, los señores Burke y Llanos de los Estados Unidos, habian propuesto tambien al gobierno de Nicaragua el abrir un canal; despues vinieron, en 1846, el tratado entre el gobierno de Guatemala y la casa de Palmer, de Nueva York; — las proposiciones hechas en el mismo año por el rey de Holanda; — la Comision que en 1830 dió Bolívar á varios ingenieros para que examinaran el terreno, con el objeto de emplear el ejército de Colombia en los trabajos de la canalizacion; — la decision del congreso de Guatemala en 1831 y 33, para hacer co-



El volcan de Momotombo.

menzar simultáneamente los trabajos del canal y un camino de hierro; — la concesion hecha en mayo de 1835, al baron Thierry, para la construccion de un canal entre los rios de Chagre y Quebra Grande; — la decision del 3 de marzo de 1835, tomada por el congreso de los Estados-Unidos, que envió á la América central al coronel Biddle, á fin de extender los dos medios de comunicacion; — el privilegio concedido en 1838 á la casa Salomon por el congreso de Bogotá, que tramitaba á esta compañía el privilegio concedido al señor Biddle en su nombre. Por último, un gran número de otros proyectos de difícil enumeracion, que habian abortado por diferentes circunstancias.

Preciso es confesar que los Estados-Unidos habian hecho abortar los planes propuestos por compañías que no pertenecian á su república, mientras que la Gran-Bretaña por su parte, ponía obstáculos á los que no eran propuestos por sus ingenieros y protegidos por su gobierno.

Después del descubrimiento de la California, los ciudadanos de la Union miraban con mucho interés á la América central, y todas las influencias imaginables habian sido puestas en juego para cobrar ascendiente sobre su gobierno, si no se lograba anexionar este país. Nadie ignora que las antiguas pretensiones de España sobre la América del Sur han sido para los yankees objeto de incesante codicia. De esta manera el señor Squier no tenia mas fin, al dirigirse á Nicaragua, que el de preparar el camino á su gobierno, para que los habitantes de la América central se pusieran un día bajo la protección del pabellón estrellado.

Al llegar á San Juan de Nicaragua, llamado por los ingleses Greytown, en mayo de 1849, el señor Squier fué recibido con un entusiasmo, que no ha olvidado jamás. Los criollos de San Juan saludaron la llegada del Americano con aclamaciones sin cuento, ofreciéronse las comidas mas succulentas, los vinos mas viejos, los licores mas exquisitos. Las señoritas codiciaban su compañía, los hacendados querian saber su opinion en el cultivo del café y cacao.

Apesar de tan continuas distracciones, el señor Squier no perdió de vista el objeto de su viaje, y la descripción que hace en su libro del Nicaragua y de la América central, que él ha recorrido, nos presenta á aquel país bajo un aspecto diferente del que nosotros le atribuímos. La ciudad de Greytown ó San Juan de Nicaragua, aunque situada en un terreno de aluvion y de pantanos, es una feliz excepcion, un Eden saludable, en medio de un país inficionado. Partiendo de esta ciudad remontó el señor Squier el rio San Juan para llegar al gran lago, cuya inmensa extension, (160 kilómetros de largo sobre 64 de ancho) promete tantos recursos para el porvenir, visitando sucesivamente media docena de ciudades muy pobladas; Granada, Leon, Masaga y Chinendaga, y un gran número de pueblos indios abrigados con cactus y espinas negras.

Por último, el señor Squier llega al lago de San Juan, lago de aguas dulces como las del Ontario, el Erie, ó lago superior, y cuya superficie está á 39 metros sobre el nivel del mar. El fondo del lago es fangoso, mientras que sus orillas, tapizadas de nopalos, ébanos y plátanos está cubierta con fina y dorada arena. La playa se extiende por un terreno llano, entrecortado por grupos montañosos y algunos picos aislados. Sobre el lago, islas cubiertas de una verdura admirable, dan á este paisaje un carácter muy pintoresco. Los indios habitan una sola de estas islas. La claridad ordinaria del lago de San Juan se ve algunas veces enturbiada por las erupciones de un volcan situado en una de estas islas, y por el viento llamado cordonazo, que subleva sus aguas como las olas del Océano. Apesar del gran número de rios que desembocan en el lago, se ha observado que su nivel no se altera nunca de una manera sensible. En el rio San Juan es donde se observa á veces alguna variacion.

En la parte Noroeste del lago, separada únicamente por un montecillo de arena levantado sobre una toba bastante dura, se halla situado el lago de Leon ó Managua, ocho piés mas elevado que el de Nicaragua, con la mitad de la extension de este. La tradicion refiere que antiguamente estos dos lagos formaban uno solo, por medio de un canal que ha destruido una conmocion volcánica. Tambien se atribuye á la naturaleza del suelo que rodea los dos lagos, la absorcion parcial de las aguas pluviales. No obstante, en las dos orillas del San Juan y del Leon existen manantiales minerales y naturales, además del Masaya, especie de lago averno de grande dimension, circuido de basalto y lava, y que sirve para el riego á los indios, que cultivan con esmero particular sus tierras por medio de canales abundantemente surtidos de agua.

El señor Squier, que ha seguido el curso que acabamos de describir, con el fin de estudiar la manera de establecer un canal entre los dos Océanos, concluye declarando que el rio San Juan no es navegable con buques grandes ni pequeños, y expone la necesidad de abrir un canal lateral, ó por lo ménos de mejorar la madre del rio en una extension de 80 millas. El lago de San Juan carece en los dos extremos de profundidad, y el único punto, en que se podría hallar una solucion, seria el lago Managua, á condicion de que el rio Titipapa ó Penaloya, que se aseguraba unir los dos lagos, existiese en alguna otra parte mas que en los mapas. Ahora bien, el lago San Juan y el de Managua están separados por una duna, de cuatro millas de extension. Esta última reunion de agua no es tan profunda como fuera de desear, pero sin embargo, con poco trabajo se podría abrir un canal que llevara sus aguas á la bahía de Fonseca. En una palabra, con respecto al gran trabajo de un canal entre los dos Océanos, se presentan obstáculos que solo pueden superarse á costa de mucho dinero; y el señor Squier no resuelve la cuestion de si es útil hacer estos gastos.

La América central, como la describe el señor Squier, es el país de los volcanes por excelencia. Los cráteres que se descubren en todo el horizonte, se cuentan por centenares, desde los dos volcanes del Agua y el Fuego, que caen á plomo sobre Guatemala, á 4,200 metros sobre el nivel del mar, hasta el gran volcan de Cartago, cuya cima es de 3,600 metros. El señor Squier nombra y describe cincuenta. La ciudad de Leon es la única

que se halla en el mundo circundada de catorce cráteres, todos humeando, colocados á su alrededor en una extension de diez y ocho leguas. Entre estos cita el señor Squier el de Masaya, que levanta su pico ennegrecido y descarnado entre el lago de San Juan y el de Managua, y cuya base parece enclavada en un mar de exuberante verdura. El Masaya, llamado por los naturales en la época de la conquista el Infierno, era entonces el mas temible de todos los de la América central, y los estragos causados por sus erupciones han sido frecuentes. La mas terrible y la última fué la de 1670; que quemó una circunferencia de siete leguas en torno del cráter en ebullicion. En medio de las islas del lago grande se levantan los dos picos majestuosos de Madeira y Omotepec. La ciudad de Granada está al pié del volcan Momobacho, enfrente del cual, las islas Corales, formadas por un centenar de conos volcánicos, se parecen á otros tantos panes de azúcar, cuya base se mojava en un inmenso estanque. La cima de estos picos está cubierta de arbustos y lianas, mientras que sus desnudos costados ofrecen á la vista los vestigios del fuego y de la tostadura volcánica.

Entre estos cráteres muertos, mitad apagados, mitad amenazadores todavía, el señor Squier cita particularmente el Momotombo cuya forma cónica y cúspide envuelta en humareda puede verse en el grabado, al paso que su cimienta arranca de un bosque verde y frondoso. Esta montaña se levanta siete mil ochocientos piés sobre el nivel del lago Managua. Siguiendo siempre al señor Squier, citaremos el Conchagua, dividido en dos, y el Coseguina, que con el anterior protegen la bahía de Fonseca, en medio de la cual se destaca la isla del Tigre, de que tomaron posesion los ingleses en 1848, con riesgo de encender la guerra entre las dos naciones.

El señor Squier cuenta detalladamente la última erupcion del Coseguina en 1833, de tan funesta memoria para los nicaraguanos, que aun se celebra en Leon, en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, en una ceremonia en conmemoracion de aquella catástrofe. Dícese que durante tres dias y tres noches, el Coseguina lanzó tal cantidad de cenizas, que en muchos puntos se formaron capas de diez piés de espesor. *El cordonazo*, que soplabá con violencia, arrastraba en torbellinos estas nubes de polvo volcánico á mas de mil y quinientos metros de distancia, á Jamaica, Vera Cruz, y aun hasta Santa Fé de Bogotá. En toda la costa de Méjico se creía, oyendo las detonaciones sucesivas, que se libraba un combate naval en algun punto de la costa. Ultimamente, al tercer dia de esta memorable irupcion, las tinieblas producidas por la lluvia de ceniza eran tan espesas, que los habitantes de Leon se refugiaron en los templos para implorar la misericordia celestial, como si hubiera llegado el fin del mundo.

Por lo demás, ningun país parece mas minado por fuegos subterráneos que la América central. Cada año, segun el señor Squier, se abren nuevos cráteres, y en la llanura de Leon, en diferentes sitios, próximos á la ciudad, el suelo, por todas partes incrustado de escorias, parece la superficie de una caldera de betun hirviendo. En otros puntos, el viajero marcha por un terreno lleno de agujeros como una espumadera, por los cuales salen, formando espirales parduscas, vapores sulfurosos que matan la vegetacion que los rodea. Por de dia, estos vapores se pierden en la atmósfera por el influjo de los rayos solares; pero de noche, se parecen á una multitud de lámparas, alimentadas con espíritu de vino, diseminadas por la tierra, y esparciendo á intervalos irregulares grandes llamaradas, semejantes á las de los fuegos artificiales. Esto es lo que los indios del Nicaragua llaman en su poético lenguaje *el baile de los demonios*.

Los volcanes de la América central son rociados con agua bendita por el clero, acompañado en procesion por el pueblo. Esta práctica parece que remonta á la época de la conquista española.

Una parte notable del libro del señor Squier está consagrada á la nomenclatura gráfica y descriptiva de las antigüedades monolitas de la América central. Estas *pedras antiguas*, ídolos de los primeros habitantes del país, divinidades de los aborígenes, dispersos ó bastardeados, ofrecen al autor ocasion de hacer gala de sus conocimientos, y los aficionados á la arqueología india hallarán en su obra detalles preciosos é inéditos.

Como es natural, las costumbres de los habitantes de la América central han hallado en el autor americano un pintor fiel que introduce al lector en la sociedad de muchas ciudades de Nicaragua, haciéndolo asistir á las fiestas de familia, á las reuniones apacibles del hacendado, y por último en la temporada de los baños de mar, muy en voga, *al paseo al mar*, que tiene lugar durante los fuertes calores de marzo y julio. A lo largo de la costa erigen los sirvientes y domésticos de las familias ricas cabañas ligeras de caña, cubiertas con hojas de plátano y ramas de palma. El interior es rústico como el exterior. Allí nada de divanes, ni sillones, sino esterillas tejidas de juncos, y una ó dos hamacas de aloe, suspendidas sobre estacas hincadas en el suelo. Cortinas de algodón de muchos colores dividen esta vivienda en varios compartimientos para el uso de las mujeres y la familia. Los hombres duermen juntos generalmente, envueltos en sus sarapas. Delante de cada cabaña se construyen cobertizos para defenderse de los rayos del sol. Allí se suele comer, fumar, y recibir las visitas de sus parientes y amigos.

Esta es la cabaña de los ricos; luego vienen las otras segun la condicion social, en proporcion decreciente hasta llegar á la choza mas miserable, formada entre

cuatro árboles con un tejadillo de hojas unido con lianas, y á falta de árboles con estacas metidas en la arena. Los placeres del paseo al mar se componen de baños repetidos, de partidas fabulosas de monte, en las que se juegan sumas exorbitantes, y por la noche, de bailes sobre la arena, bajo los nopalos, acompañados de guitarras, que si no son manejadas continuamente por manos hábiles, sirven siempre para poner en movimiento á la alegre sociedad. Y nunca faltan bailarinas; desde la Mariquita de piés menudos, que encierran zapatos de raso, hasta la Pepita de la clase media, con caballos negros y sedosos, y á veces la misma india, con formas pronunciadas, y ojos tan brillantes como carbunclos.

B. H. R.

La razon de un duelo.

Con marcial desembarazo,
Ayer tarde en el paseo,
Don Juan y don Amadeo
Iban asidos del brazo.

Ambos con bigote y pera,
De románticos á guisa
Se paseaban aprisa
Con aire de calavera;

Cuando al lado de una anciana
Y asida del brazo de ella
Vieron hermosa doncella
Que pasó de ellos cercana....

— ¿Qué hechicera!... ¿Es una rosa?
(Dijo á su amigo don Juan.)
¿No visteis con cuánto afán
Me ha mirado cariñosa?

— ¿No en verdad; (le contestó
Don Amadeo) porque....
A mí solamente fué
A quien la hermosa miró.

— ¿Os engañais, que fué á mí!
— ¡Repito que no fué á vos!
— Que sí, digo y... ¡voto á brios!...
— ¡No me habéis tan alto aquí!
— ¡Pues vamos donde gustéis!
— ¡Vamos donde vos queráis!
— ¿Armas? — ¡Las que vos os digáis!
— ¿Sitio? — ¡El que vos aplacéis!
— Pues marchemos sin tardanza.
— Marchemos sin dilacion.
— ¡Venganza!... ¡Satisfaccion!!
— ¡Sí!... ¡Satisfaccion!... ¡Venganza!!!

Y cual dos hambrientas hienas
Partieron en su coraje,
A lavar tamaño ultraje
Con la sangre de sus venas.

Se atravesaron por celos....
¡Bravo! que en toda ocasion
Hay para un duelo razon
En el siglo de los duelos.

Por eso en campo ayer
Disputaban dos espadas
De una mujer las miradas...
¡Y era ciega la mujer!

E. F. SANZ.

Introduccion del café y del tabaco

EN CONSTANTINOPLA.

Los dos fragmentos que damos á continuacion están extractados de una historia turca, que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Paris. El nombre del autor no ha llegado hasta nosotros: solamente se sabe que tenia el nombre de Betchevi, es decir, nacido en Betché, en Hungría, y se cree que compuso su obra en el reinado del sultan Ibrahim, el año 1030 de la Egira (1640 de J. C.).

I.

El café.

No se tenia ningun conocimiento del café en Constantinopla, y no existia ningun lugar donde se vendiera, ni en toda la Tomelia, ántes del año 962 de la Egira. Entonces fué cuando dos particulares, uno de los que era natural de Damasco, llamado Chanzo, y el otro de Haleb, llamado Itakem, vinieron á Constantinopla, y abrieron cada uno en el cuartel llamado Takhtecalah, una gran tienda, y empezaron á vender este licor. Esta tienda fué desde luego el lugar de reunion de los indo-

lentes y ociosos, y bien pronto concurren allí los hombres de talento. Se formaron reuniones en veinte ó treinta puntos de esta tienda. Entre los que la ocupaban, los unos se entretenían en leer libros, los otros en jugar á los dados, y otros llevaban poesías nuevas, y discutían sobre las ciencias. Como se conseguía todo esto por algunos aspres (1), los que querían reunir amigos los regalaban con café, y siempre ganaban. Los que iban á Constantinopla para solicitar empleos, los cadis, los muderris, y todos los que no tenían que hacer, se retiraban á un rincón, diciendo que en ninguna parte se podían divertir mejor (2). En fin, esta tienda era tan frecuentada, que apenas se encontraba donde sentarse.

La reputación del café creció hasta tal punto, que muchas personas distinguidas, excepto las que tenían las dignidades superiores, venían allí sin reserva. Los tinarres, los muezzins y los devotos de profesión empezaron á clamar que el pueblo corría al café, y que nadie iba á las mezquitas. Los ulemas, sobre todo, se pronunciaron abiertamente contra esta bebida, y sostuvo que valía más ir á una taberna que á un café. Los waitz (3) hicieron grandes esfuerzos para prohibir este licor. Los muftis, pretendiendo que estaba dispuesto de una manera que podía convertirse en carbon lo que estaba prohibido por la ley, dieron decisiones auténticas en este sentido.

En el reinado de Monrad III se renovaron las prohibiciones; pero algunos amantes de esta bebida obtuvieron de los sombachis (4) el permiso de venderla en el coultok (5) ocultos á la vista del público. Desde esta época llegó á generalizarse tanto su uso, que se cansaron de prohibirle los waitz y los muftis; desengañados de su equivocación, declararon que esta sustancia no estaba realmente carbonizada y que podía tomarse; así es, que los scheiks, los ulemas, los visires, y todos los grandes sin distinción la tomaban. Se llegó hasta el extremo de que los visires hicieron construir cafés por su cuenta, y los alquilaban por unos dos cequines diarios (6).

Méno de medio siglo después de la introducción del café en Constantinopla, se había aumentado el consumo tan prodigiosamente, que en tiempo de Mustaphá II, el año de la Egira 1109 (1698 de J. C.), el gobierno, según leemos en un extracto de los *Anales del imperio turco* (7), ordenó el establecimiento de almacenes en las principales aduanas del Estado, donde se depositase, y le sometió, aun para los negociantes extranjeros, á una nueva imposición de cinco paras por oca (seis ó siete dineros por instante). Cada una de estas ocas equivalía á un saquito, y cuarenta mil de estos formaban tres quintales de Viena. El antiguo derecho había sido de ocho aspres por oca para los musulmanes, y de diez para los cristianos, lo que no impedía que llegara á pagarse el café hasta dos piastras y media por oca (1 franco 70 céntimos poco más ó ménos).

El mayor consumo de este género se hacía en Egipto. De cuarenta mil fardos que abastecía anualmente el Yemen en la escala de Dejéda, puerto del mar Rojo, la mitad se llevaba á Egipto, y el resto se vendía en las provincias turcas.

II.

El tabaco.

El tabaco fué llevado por los ingleses en 1609 de la Egira (1600-1601 de J. C.) y vendido como un remedio contra la humedad. Muchas personas le encontraron agradable, y creyeron notar en este vegetal una propiedad que dispone los ánimos á la alegría. Así es, que una gran parte de los ulemas y de las personas acomodadas, no tardaron en disfrutar de esta distracción. Pero en los cafés, á causa de lo mucho que le usaban los ociosos, se elevaba el humo hasta el cielo, y no podían verse unos á otros. En las calles y mercados, la pipa no se caía de las manos de los concurrentes; se divertían en enviarse recíprocamente el humo, y se leían versos que elogiaban el tabaco.

He discutido, dice Betchevi, muchas veces con mis amigos acerca de su uso. Además de que su olor es desagradable, les decía, que atonta la cabeza, y que se impregna en los cabellos, en la barba, en el turbante y en los vestidos del que fuma, y que inficiona las habitaciones, su ceniza ensucia todo el interior de la casa, y muchas veces quema los tapices y las alfombras. Después de estos inconvenientes y otros muchos, ¿cuáles pueden ser su utilidad y el goce que proporciona? No

es más que un pasatiempo, me replicó uno, y un medio de distraerse. El hecho es que no hay en ello ninguna apariencia de goce espiritual que pueda encantar la imaginación, y que esta respuesta me es satisfactoria. Además de esto, el tabaco ha sido muchas veces en Constantinopla la causa de grandes incendios, que dejaron sin hogar á muchas familias. La única utilidad que no se le puede negar es, que en los bajeles impide que los centinelas se duerman, y que preserva de la humedad, promoviendo la sequedad. Pero por tan pequeños beneficios no se deben exponer á tantos males.

Sin embargo, el uso del tabaco hizo extraordinarios progresos hasta el año 1045 de la Egira (1635 de J. C.) ¡Quiera Dios alargar los días, la prosperidad y la justicia de nuestro poderoso monarca, que ha hecho cerrar los cafés en todo el imperio otomano, y reemplazarlos por tiendas adecuadas á la localidad, y ha prohibido igualmente fumar! De esta manera hace tan gran beneficio á los pobres y ricos, que aun cuando estuvieran dándole gracias hasta el fin del mundo, no pagarían suficientemente el tributo de su reconocimiento.

(Esta prohibición del sultan Ibrahim cayó en desuso algún tiempo después; porque los otomanos se habían guardado muy bien de conservar la menor gratitud. El tabaco, para ellos sobre todo, es en el día el accesorio del café, que toman como es bien sabido hasta las heces, y sin azúcar.)

Gotas de agua.

Eufemia acababa de coger una rosa para su hermana, pero la tempestad la había mojado; varias gotas de agua llenaban el cáliz de aquella hermosa flor, cuya cabeza se inclinaba sobre el tallo.

Sus hojas brillantes lloraban, al verse separadas del arbusto en que habían nacido, y parecía como que echaban de ménos el rosal protector que las había amparado al nacer.

Encontré á Eufemia cuando se retiraba del jardín, vi la húmeda rosa que llevaba, y queriendo olerla, porque era bellísima, la destruí sin pensarlo, y sus hojas se esparcieron por el suelo.

Entonces dije: — ¡Cuántas veces tratan los hombres de este modo á los corazones abatidos por la desgracia! Si yo hubiese tocado esa rosa con delicadeza, hubiera podido brillar unos instantes más.

Si sabemos enjugar á tiempo una lágrima, conseguimos muchas veces verla cambiada en una sonrisa.

Obras en las desembocaduras del Rodano.

Al recorrer las playas de Francia se ven montones de arena más ó ménos elevados, más ó ménos extendidos tierra adentro. Donde el movimiento de la marea une su acción al de los temporales, las dunas penetran hasta las habitaciones, pero en el Mediterráneo, donde el fenómeno periódico de la elevación de las aguas no tiene lugar, las dunas forman solo una especie de calzada, no muy alta. Esta calzada, por pequeña que sea, comparada con las dunas del Océano, es, sin embargo, un testimonio patente y material de la acción del mar, una señal característica de su presencia.

Cualquiera que sea la tormenta del mar y su potencia invasora, cualquiera que sea la fuerza de expulsión que emplee para abrirse paso, la naturaleza le opone dos obstáculos insuperables; la roca viva que quiebra y convierte en polvo acuoso la ola que la azota; ó la corriente de un río que parece que trava con él una lucha encarnizada. El río viene á descargar en el mar el sucio sedimento que arrastra en su curso, y que este rechaza obstruyendo el paso con montañas de arena. Esta lucha concluye por formar en la desembocadura de todo río, una montaña de lodo y arena, con una profundidad que varía desde una á 6 ó 7 varas, llamada *la barra*, obstáculo desastroso que se opone á la navegación embarazando su libre curso. La barra de los ríos es un fenómeno geológico que pertenece á los tiempos que la historia nos hace conocer. Plutarco habla de la difícil entrada que permitía la del Rodano á los buques que se dirigían á la mar. Cien años antes, decía Strabon en el libro IV de su Geografía: «Viendo Mario que cada vez se obstruía más la desembocadura del río, hizo abrir un nuevo canal, que recibía la mayor parte de las aguas, y se lo cedió á los marseleses por el auxilio que le prestaron en la guerra contra los Toygeni y los Ambrones.

Hace, pues, veinte siglos que el estado de cosas, relativo á las desembocaduras era el mismo que hoy, hacer navegable este río, que ocupó á Mario, y dió lugar al canal conocido bajo el nombre de Fosse Mariana (Fosos de Mario). El pintoresco pueblo de Fos, conserva con su nombre el recuerdo de las obras de Mario, que era en aquella época lo que es en la actual el canal de Bouc.

Como quiera que sea, estos canales no soportaban más que barcos pequeños, mientras que el Rodano podría por la profundidad de sus aguas soportarlos muy grandes, y esta es la razón porque nunca se abandonó la cuestión del tránsito por las desembocaduras.

Muchas opiniones, y muchos proyectos, han sido formulados. Vauban en 1665, visitando las costas del Mediterráneo estudió las desembocaduras del Rodano, y

las declaró *incorregibles*. El experto marino Barras de Lapenne fué del mismo parecer en 1682, y Belidor, autor de una arquitectura hidráulica emitió en 1748 una opinión semejante.

Decidióse en vista de ellas la construcción del canal del Bouc á principios del siglo, juzgándose abandonadas las obras de las desembocaduras. Pero el vapor alteró la cuestión, y Alex-Surell, ingeniero del servicio especial del Rodano ha probado con planos, hechos y observaciones la posibilidad de esta navegación de esa manera, la memoria que publicó en 1847 convenció al gobierno, y las obras en el Rodano fueron decretadas.

El espacio nos falta para analizar esta notable memoria, bástenos decir que lo que la ciencia había demostrado con el cálculo, la experiencia lo ha demostrado con los hechos; apenas una de las desembocaduras ha sido cerrada, los navíos han podido pasar, y Alex-Surell ha tenido el placer de resolver el problema que se había propuesto: «Levantar la barrera de las desembocaduras, introducir en el Rodano buques de 200 toneladas, elevar á Arlés á la altura de un puerto de mar, sería, decía el sabio ingeniero, no para esta ciudad solamente, sino para todos los habitantes de las orillas del Rodano, y aun para todo el comercio de Francia una conquista de tal precio, que no son de extrañar los constantes esfuerzos que por espacio de muchos siglos pueblos y gobiernos están haciendo para llevar á cabo tan interesante proyecto.»

Testigos de las obras y sus resultados, nos ha parecido que ofrecía interés á todo género de lectores. Y para amenizar esta descripción, hemos tomado el lápiz, y artísticamente vamos á dar cuenta de ella.

Varios ríos hemos visto en su ameno curso, el Sena, Loire, Saona, el Rhin, tan celebrado por poetas y pintores, ¡y cosa extraña! apesar de su mucha belleza, el Rodano no ha recibido aun este bautismo del vate. Nosotros vamos á rendirle este homenaje, por esta parte apacible de su curso que abraza por el oriente á Camargue, partiendo de la antigua capital de las Galias. ¡Camargue! ¡qué país tan interesante para el geólogo, el agricultor, el naturalista y el pintor! desgraciadamente no podemos hacer más que saludarlo de paso. El país que se extiende á la izquierda del río no es ménos singular; es una vasta llanura de guijarros cuarzosos desprendidos de los Alpes, y que han arrastrado inundaciones anteriores á los tiempos históricos: esto es lo que se llama *la eran*. Soledad habitada por numerosos rebaños, desierto adornado con algunos verdosos oasis, gracias á los canales de riego que lo atraviesan.

Desde Arlés, ya no hay rocas, ni castillos con paredes de color de oro, solo se ven horizontes con árboles á lo lejos, y á veces el hermoso álamo blanco que divide con el pino de Italia los primeros honores de la orilla. Sin embargo, después de haber bajado por el río como una cuarentena de kilómetros, se descubre una torre notable, que parece amenazada de ser sumergida bajo las aguas; es la torre de San Luis. Su nombre, su color y aun su forma harían creer que este reducto protector es contemporáneo de las fortificaciones construidas en Aguas-Muertas por el rey de Francia que llevaba este nombre; pero la torre que se encuentra á las orillas del Rodano data de 1737, y sirve hoy de cuartel á algunos gendarmes encargados de la conservación del respeto á la ley y á la moral en aquellas regiones acuáticas. Se construyó para que protegiera la nueva desembocadura que acababa de abrirse el Rodano; hoy, por la ley inmutable de la marcha de los aluviones, el estado del terreno ha cambiado bien desde entonces, pues la torre de San Luis está á 6,000 metros del mar.

Desde la torre de San Luis vemos, á una legua de distancia, las habitaciones donde debe terminar nuestra excursión. Desde este punto, las aguas se extienden, las tierras están cada vez más bajas, las desembocaduras del río se multiplican, parece como si se estuviera en medio de un lago en el que flotan algunas verbas. Se cree uno en el Mississippi ó el Missouri, sobre todo, si se perciben á lo lejos los rebaños de toros negros salvajes que se podrían tomar por bisontes. El terreno está tan bajo, que una crecida del río ó un viento del mar inunda todo el país; los habitantes se preservan levantando el suelo de sus cabañas solo una media vara sobre el nivel del mar; pero los toros negros y los caballos blancos nadan por todas partes buscando un sitio seco; las serpientes se enroscan las unas sobre las otras en el tronco de los tamarices como un ovillo de cuerda. Montones de pescados perecen en la arena apenas cesa la causa que ha hecho crecer el río.

Nosotros no hemos tenido ocasión de delinear una escena de este género, pero hemos podido dibujar de muy cerca una torada, ménos hostil en sus pantanos, que cuando se la lleva á una plaza de toros.

Pero ya vamos á llegar á las habitaciones; preparados estamos para accidentes rústicos y pintorescos, para ese desorden que sin razón se dice *ser un efecto del arte*, pero que conviene al arte. Vamos á ver como nuestra esperanza no fué defraudada. El primer objeto que se ofrece á nuestra vista es el esqueleto de una barca, que conserva manchas enormes de brea, y que está apuntalada con maderas carcomidas, á las que se ven rodeadas muchas cuerdas. Junto á ella hay un montón de piedras, en el cual hay pintada con gruesos caracteres esta palabra: SOBERBIO. Después hemos sabido que este montón de piedras era un cargamento depuesto por el barco llamado *el soberbio*. Sea como quiera, la situación ó motivo era soberbio, y esperamos que nuestro dibujo hará conocer que nuestra suposición no era infundada.

Para escoger mejor el punto de vista, habiendo pa-

(1) De la palabra turca *accha*, blanco, de que los griegos han hecho *aspron*, aspre, que tiene la misma significación. Es una moneda de plata tan pequeña, dice Chankin, que se pierde entre los dedos: hay dos clases de aspres, la *corriente*, que vale medio sueldo; y la *inmaculada*, que se valúa en nueve dineros.

(2) Se ve muy bien la intención irónica del autor, que no hace ninguna distinción entre un ocioso y un juez (*cadí*), ó un doctor y profesor del dogma y de la ley de los musulmanes (*muderrí*).

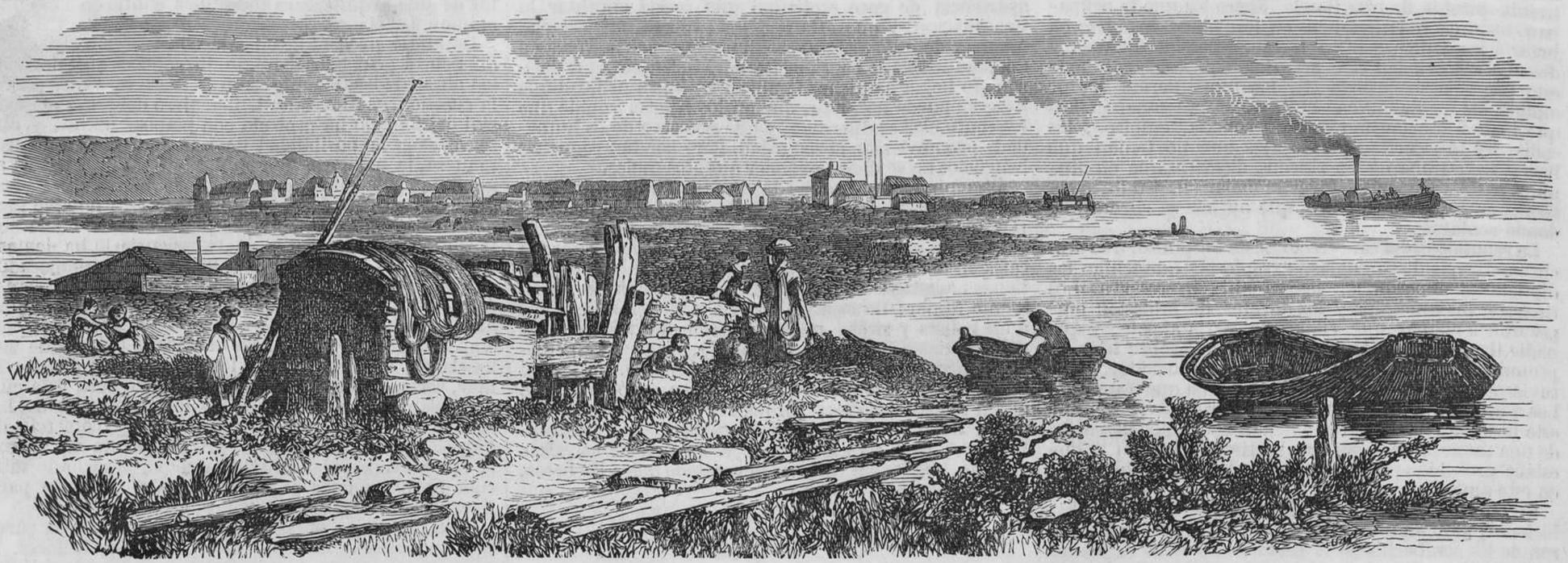
(3) Predicadores.

(4) Oficiales de la policía.

(5) Trastienda, y algunas veces tienda dependiente de un establecimiento mayor, lo que llamaríamos una sucursal.

(6) El autor no especifica qué clase de cequines. En la duda, y tomando un término medio, se puede suponer que cada uno de estos cafés reportaría diariamente al propietario de cuatro á ocho francos.

(7) Estos anales han sido redactados por los historiadores contemporáneos Saad-Eddin, Naima, Raschid, Tchílebi, Sadí, Samí, Schakir, Subh, Isí, y Wassif.



Aspecto del paisaje en los desembocaderos del Ródano.

sado al otro lado del esqueleto del barco, vimos una ancha brecha en las tablas, y al acercarnos encontramos tres hombres, que comían alegremente en aquella habitación estrecha y singularmente amueblada. Viendo nuestra admiración, la buena gente dijo: « ¡Caballero, aquí estamos como reyes! » ¡ Rasgo característico provenzal! Satisfacción constante de sí propio y de su suerte.

Después de terminar nuestro croquis en esta estación, nos dirigimos al centro de las cabañas aglomeradas, y nos albergamos en el pabellón del ingeniero, que domina como un palacio los tejados de paja que lo circundan, desde la ventana hemos dibujado la vista general que ofrecemos de las cabañas llamadas del Levante.

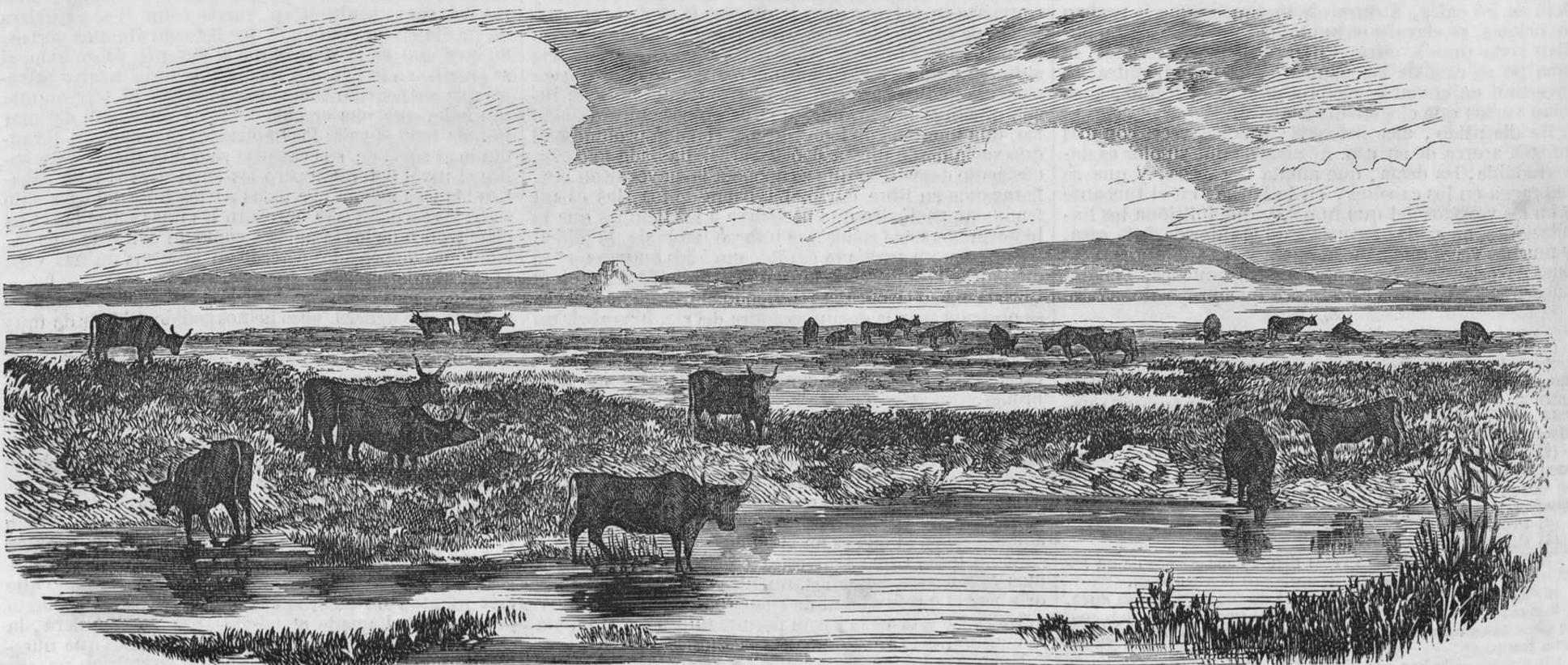
Quizá un día, si la navegación del Ródano no ofrece peligros ni dificultades, se levantará una opulenta ciudad en el lugar que ocupan hoy estas humildes viviendas. Venecia y otras ciudades ricas no han tenido probablemente origen mas brillante.

Muy curioso, y sobre todo, muy edificante es ver como el hombre vive allí



Torre de San Luis.

feliz, ignorando las necesidades del lujo, de que no sabe prescindir el ciudadano. Si se ve privado de su goce, también está exento de pagar el caro precio á que se suele comprar, y de la expiación que á veces acarrea. Mientras que en la ciudad es necesaria la chimenea de mármol, y sobre ella una multitud de candelabros, relojes, ú objetos de arte, el habitante de estas cabañas enciende al aire libre algunas ramas de sauce ó tamariz; se calienta con el sol, que le sirve, con la luna y las estrellas de péndulo; teniendo por museo el mar, el cielo, las nubes y montañas azules. Estas pobres gentes no se reúnen por la noche para jugar al whist ó el sacanete, pero se juntan y cantan con mucha unión coros que algunos de ellos han aprendido en Arlés y han transmitido á los habitantes de las cabañas. No tienen reuniones de baile en casas alumbradas, con bugias como la nieve, pero encienden un tonel viejo embreado, y muchachas y muchachos bailan alegremente en derredor suyo. De este modo, en desiertos de agua y arena, sostenido por el trabajo, pro-



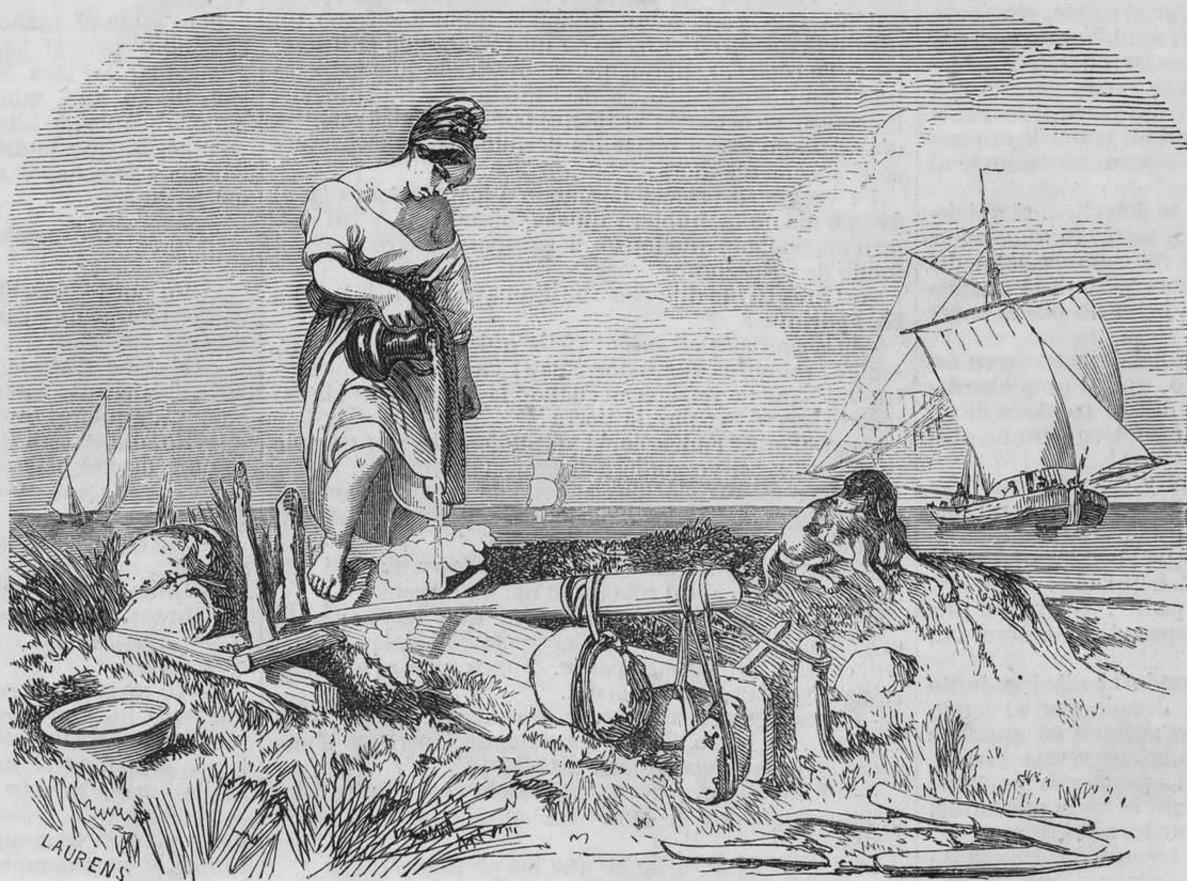
Bueyes salvajes paciendo en los pantanos.



Cabañas llamadas del Levante, construidas por los obreros y pilotos.

tegido por la Providencia, el hombre puede vivir y ser más feliz que en medio del fausto de las ciudades populosas.

Allí, como en todas las partes donde no reina el falso gusto de la simetría, la naturaleza entregada al acaso ó á sí misma crean para el artista los asuntos más pintorescos. Así, entre aquellas cabañas, descubrimos con admiración un hogar establecido junto á unos juncos; un remo estaba tendido sobre algunos fragmentos de madera; un banco vuelto al revés abrigaba el fuego contra el viento, y pendientes del remo colgaban piedras muy gruesas. Este conjunto de objetos estaba admirablemente bien dispuesto. Nosotros no vimos en tan pequeño asunto más que una prueba, de que las cosas más insignificantes bajo cierto aspecto, pueden valer mucho bajo el de la belleza pintoresca. Comenzábamos á dibujarlo, cuando vimos venir de una cabaña inmediata á una jóven con el traje de los tiempos primitivos ó heróicos. Esta mujer se acercó á la lumbre, y derramó sobre el remo el agua que había traído en un jarro, con el fin de enderezar-



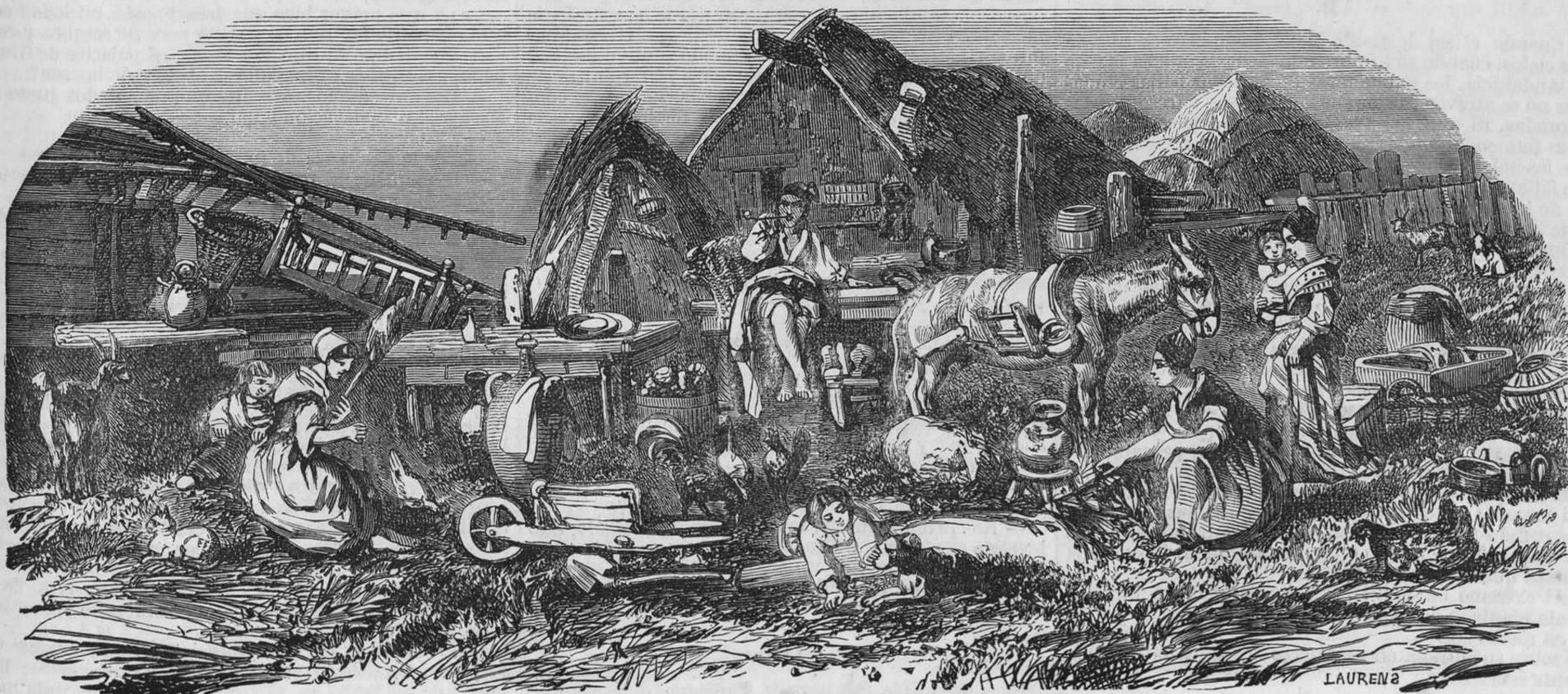
Muchacha enderezando un remo.

lo, y cuyo grabado ofrecemos para presentar tan graciosa escena.

Por último, hemos querido reproducir la imagen de la vida rústica de que hablabamos poco há, y hemos dibujado para ello el interior de un domicilio al aire libre. Burro, perros, gato, gallinas, cabras, hombres, mujeres y niños, todos viven juntos. Mesas, banquillos, platos, escobas, carretones, azadas, palas, utensilios de cocina y trabajo, todo yace en el suelo, al sol y á la luna. En aquellas playas, pues, hay, como lo esperábamos, materiales para la ciencia y para el arte.

Antes de abandonar estos lugares, no nos olvidemos de decir que se ve en el mar, en la barra del Ródano, el mástil conservado de un navío barado que se llamaba el *Anibal*. Aquellas islas de arena tan llanas que se ven en las desembocaduras, y que se llaman *Theys*, deben este nombre y su nacimiento también á naufragios ocasionados por la barra. ¡Ojalá que las obras que se ejecutan en este momento alejen para siempre semejantes desastres!

J. B. L.



Familia é interior de habitacion de un obrero.

La Peña de los enamorados.

CUENTO.

Nuestra vida es el camino

Partimos cuando nacemos.
Andamos mientras vivimos,
Y llegamos
Al punto que fenecemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.

JORGE MANRIQUE.

I.

¡Qué calor! jamás ha abrasado tanto el sol de Granada; la cabeza me arde; ese vergel es tan largo, tan sin sombra.... Así exclamaba una bella mora al subir las gradas de mármol que conducían al bosque de su jardín, y al mismo tiempo levantaba el velo que envolvía su rostro, y se limpiaba con un delicadísimo lienzo el copioso sudor de su tostada frente.

— ¿No veis, señora, le decía una de sus damas que la venía acompañando, cómo las flores se marchitan por estar poco guarecidas de sus rayos, cómo el agua refulgente de aquellos estanques de jaspe se seca con su calor, cómo los colores que matizan las filigranadas celosías del palacio palidecen á su luz?

— Dime, Zaida, ¿no te parece que el amor es como el sol, que hace crecer la hermosura y luego la marchita; que da el brillo de los diamantes á las lágrimas, y luego las seca; que sonrosa las mejillas, y luego las descolora?....

Al decir esto, no ya para enjugar el sudor, sino para restañar el llanto, cubría su bello semblante con el pañuelo, y apoyándose en uno de los jarrones de porcelana que adornaban aquella entrada, mas parecía una estatua sepulcral que un ser animado y sensible. Zaida la acercaba una y otra vez un precioso pomo de oro con alcanfor, porque temía que su señora sucumbiese al dolor y al cansancio.

— Zaida, amiga mía, ¡cuánto te debo!.... si quisieras dejarme sola un momento..... mira, tu amistad es mi único consuelo, tu voz es para mí como la brisa del mar para el que se abraza de ardor; pero ¡ay! cuando la llama se ha levantado ya, esa brisa no puede hacer mas que aumentarla....

La pobre Zaida, si bien sentida del despeno de su señora, atendía mas al ageno alivio, que al propio sentimiento, y poco cuidada de las dulces palabras de su amiga, procuraba tan solo hallar motivo para no obedecerla....

— Mirad, señora, que estais muy cansada, muy decaída, ¿no fuera mejor que nos sentáramos en un sofá de césped que está en la calle de los Laureles, ó que siguiésemos apoyada en mí hasta que el sudor que corre por vuestras mejillas se hubiese templado?

— Ya sabes el carácter de mi padre; si supiera que estabamos en el jardín y nos sorprendiese á hora tan de susada....

— Es imposible, se quedó jugando al ajedrez junto á la fuente del Cisne, en la sala dorada, con el hagib Aziz-Ben-Ali, y bien sabéis que aunque se quemase todo el palacio, no movería con precipitación un solo arfil.

— Sí, mas con todo, pudiera suspender la partida; mas vale que te quedes; desde aquí se ve la puerta del castillo, y á la menor novedad puedes avisarme.

— Estrechóla la mano con tal ternura, y con tanta expresión la miró al decir estas palabras, que la discreta dama leyó todo lo que pasaba en el corazón de su amiga, y no pudo ménos de acceder á sus súplicas.

II.

Cuando el sol de agosto brilla desde lo mas alto de los cielos, cuando su lumbrera dora toda la ancha faz de la Andalucía, los habitantes de aquellas bellas ciudades no se atreven á dejar sus voluptuosas y fresquitas moradas, ni aun las aves osan desprenderse de las ramas temiendo que las abrasen los rayos que pasan entre las hojas de los árboles, ó como si el aire las hubiera de faltar para sostenerlas en el vacío; un silencio igual al de la media noche reina por todas partes, y parece que la naturaleza admirada de la brillante y de la sublime hermosura del sol andaluz se para á contemplarle.

La suntuosa alquería de Aben-Abdalla, llena de festines y de zambra todo el día, aquella mansión del lujo y de los placeres en donde no se da treguas al regocijo ni aun durante las breves horas de la noche, solo en esos momentos se mostraba muda, desierta, como si no tuviesen dueño sus salones, ni cultivadores sus jardines. Zulema en tanto, con paso veloz á par que mal seguro atravesaba las calles de limoneros y naranjos, y esta vez tan solo sus ojos animados no expresan pensamiento alguno; agitanse á uno y otro lado maquinalmente, y allá detrás de ellos se descubre una idea fija invariable, así como las aguas al moverse en los estanques impelidas por el soplo de la mañana dejan siempre ver al través de sus móviles olas el pavimento de mármol y el musgo que crece en su fondo.

Al extremo de una larga calle de cipreses hay un óvalo plantado de robustos álamos revestidos de yedra, y en medio de él se eleva un pabellon que tiene grabado sobre su entrada en caracteres arábigos de oro brillante este lema :

« Morir gozando. »

Era aquel sitio el mas elevado de toda la hacienda, y la vista que de allí se disfrutaba lo hiciera delicioso aunque no fuera él en sí el conjunto de la riqueza y de la magnificencia oriental.

Este templete formado por columnas de pórfido, cuyos capiteles y bases de bronce cincelado representaban mil peregrinos juegos de voluptuosas uris, estaba cubierto por un techo de concha embutido de nácar; al rededor y en medio de los arcos, sendas vidrieras de colores dejaban entrar la luz del sol modificada por mil iris ó descubrian su horizonte de dilatados jardines: en torno se extendían almohadones de terciopelo verde con franjas de oro, intermedios por floreros de porcelana y por perfumadores de plata. Un tapiz de brocado cubría el pavimento, y en el centro un baño de alabastro recibía los caños de agua olorosa que le tributaban dos ánades de oro.

Todo era placer al rededor de la bella virgen, todo luto y desconsuelo en lo íntimo de su corazón. Como si no estuviera aquel aposento examinado con una sola mirada, Zulema recorre con las suyas las paredes de aquel pabellon, se revuelve con violencia, su tocado se descompone, el cabello flota en torno al ímpetu de su movimiento, y luego desesperada y exánime cae sobre uno de aquellos cogines que la rodean, así como la eruida palma agitada por el huracán en medio del desierto sacude una y otra vez su ramaje al rededor de sí, y al fin tronchada por el pie se desploma sobre la arena.

III.

Cruzados ambos brazos, la cabeza inclinada, la barba sobre el pecho y la vista fija en un solo objeto contempla D. Fadrique de Carbajal el descuidado cuerpo de Zulema que yace sobre aquellos taburetes como un manto arrojado en el lecho en un instante de entusiasmo ó de cólera. Lentamente, como si cada una marcara una idea dolorosísima, se deslizaban una tras otra sus lágrimas, y corriendo ardientes por las pálidas mejillas del cristiano van á rociar los desnudos y delicados pies de la insensible mora.

La voz de su profeta llamando á los creyentes en el último día no la hubiera quizás conmovido, y un suspiro acongojado que lanzó el cautivo penetró hasta el fondo de su pecho.

— ¿Eres tú? le dijo con voz desmayada y débil: ¿eres tú, Fadrique?

— *Os guardaba el sueño; ¡feliz quien puede dormir, señora, mientras que todos velan! ¡feliz quien encuentra un lugar de refrigerio cuando la naturaleza abraza todo lo que vive sobre la tierra!*

— ¿Dormir? Fadrique, si yo pudiera dormir un solo momento... ¡si yo pudiera dormir eternamente!

Y luego afirmando mas el tono de la voz, y como si ya estuviese del todo reportada á su estado natural, añadió:

— Mas habrá descansado en estos cuatro dias mi jardín, cuando ni un solo ramo me ha ofrecido.

— Señora, yo sé que cualquiera que haya sido mi origen, al presente por mi desgracia soy esclavo nuestro, cautivo de nuestro padre. Nunca comeré en valde su amargo pan ni un solo día.

— Yo no quiero reconvenir al cautivo, dijo corridamente Zulema... y luego añadió tiernamente, ¿pero no tengo motivos para quejarme del caballero?

— El caballero, señora, ha regado con llanto estos dias las flores que el cautivo debía cultivar para vuestra boda.

— ¿Y quien te ha dicho que las prepares?

— Quien pudiera saberlo y no tenia interés en callármelo.

— Fadrique, cuando despues de la batalla de los Infantes me presentaron tu cuerpo ensangrentado, el médico debía tambien saber tu suerte; él te preparaba la mortaja, y yo te curaba; y yo te decía que vivieras por mí, y yo sola te dije la verdad. Cuando cautivo despues en la Alhambra gemias sin esperanza, tu comitre no te hablaba mas que de nuevas cadenas, yo sola te consolaba, yo sola te anunciaba mejor fortuna, te decía que serías para mí, y yo sola te dije la verdad. Y despues, Fadrique, y despues cuando el cautiverio de amor vino á aprisionarnos á ambos mas que el de tus hierros, cuando abrasados ambos en lo íntimo de nuestros corazones, desesperabamos de poder comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos, yo sola te lo prometía, yo te enseñaba el lenguaje de las flores, yo te liasonjaba con la proximidad de mejores dias, y yo sola, tú lo sabes, yo sola te dije la verdad. ¡Ingrato, tantas pruebas no han bastado ni aun á inspirarte confianza; todas ellas no han podido alcanzar el que siquiera me creyeses!

Arrojóse precipitado á los pies de su amada D. Fadrique, llevó enagenado su blanca mano á los labios, y cuando intentaba desplegarlos para justificarse y escuchar una y otra protesta de que era amado, el canto de Zaida vino á interrumpirlos.

— Es mi padre, adios.

— ¿Tengo un rival? ¿Me dejarás de amar?

— No: primero morir, te lo juro, *morir gozando*, dijo leyendo el rótulo.... Esta tarde dejaré un ramo en la fuente del Dragon, allí vendré con el hagib.

Estas fueron las últimas palabras que Zulema dijo dirigiéndose ya azorada hacia donde sonaba la voz de su amiga.

IV.

Incomprensible fué para D. Fadrique el ramo que Zulema dejó junto á la fuente: era el caballero tan dies-

tro en descifrar aquella especie de escritos, que ni el árabe mas galan pudiera aventajarle. Pero en aquella ocasión se molestaba en vano dando vueltas á aquel conjunto de flores, sin poder entender el arcano que en ellas se encerraba; unos cuantos botones de siempre-viva le indicaban la estancia de Zulema. Y luego una zarzara venia á recordarle su mala ventura; el colchico le decía claramente *pasó el tiempo de la felicidad*; pero puesta á su lado una retama, le infundía alguna *esperanza*; queria luego con mas ahínco penetrar el sentido, y entre mil insignificantes flores solo un *crisócomo* significaba algo *no hacerse esperar*. Conoció, pues, que Zulema obligada á hacer aquel ramo en presencia del hagib, habria puesto en él mil cosas insignificantes solo por descender con su molesto acompañante; pero con todo, un eliotropo que descollaba en medio, le gritaba con muda voz, *yo te amo*, y esto le consolaba.

Pero ¡ay! esto no basta, el tiempo urge mas que nunca; quizás al amanecer Zulema será de otro; las bodas se van á celebrar en la madrugada, ¡y yo no puedo hablarla! Si á lo ménos pudiera darla una cita; pero, ¿y qué medios?

En aquel momento vió pasar al anciano padre de Zulema por una enrucijada: una idea se le presentó, y no la habia aun de todo punto reflexionado, cuando ya estaba puesta en práctica. Cortó dos tallos de anagallida, y dirigiéndose al viejo musulman, le dijo:

— Señor, vuestra hija ha estado buscando de estas flores para un medicamento toda la tarde, y no ha podido hallarlas, ofrecédselas pues, y advertidla en mi nombre que aun mejor que llevarla al pecho es, segun la usanza de los mios, beber el agua que deja este vegetal despues de puesto al sereno por dos horas en la ventana.

Bien sabia el mahometano que aquella flor significaba cita; pero el lenguaje franco del cristiano le hizo abandonar esa idea. Sin antecedente ninguno de la pasión de su hija, sabiendo además cuán medicinal era aquella planta, é ignorando que el cautivo supiese el significado que pudiera tener, no dudó un punto en dársela á Zulema, y referirla exactamente las palabras del jardinero.

V.

— No puedo mas, Fadrique mio, ya lo ves, hace cerca de doce horas que caminamos sin descansar, y luego esté sol, este sol.

— Y como traes la cabeza descubierta, como te dejaste el turbante desecho en la ventana por donde escapaste;... ¿quieres que te lleve un rato?

— No, mejor será que descansemos un poco aquí á la sombra de este peñasco; ya les llevamos sin duda mucha ventaja, y si no saben el camino que hemos tomado...

— Sí, aquí; mira cuán fresco está este sitio; sentémonos.

— Quitate tu armadura, mi buen Fadrique; ¡ah! como abraza, parece que acaba de salir de la fragua.

— ¡Si vieras mi corazón, hermosa mía, si lo vieras cómo arde!

— Yo no sé cómo estuviste tan cuidadoso de sustraer todo este hierro; ¡cómo pesa! ¿lo ves? te ha sufocado mucho, tu cabello está todo mojado, tus mejillas de color de grana. ¡Qué hermoso eres, cristiano mio! dime, ¿falta mucho para tu tierra? allí seré esposa tuya, ¿no es verdad? y dí, ¿cómo me llamarás? Isabel, ¿no es esto? y yo seré tu amiga, y tu hermana, y viviremos juntos, y para siempre, porque ¿no me has dicho que tu Alá lleva al paraíso unidos á los esposos que son virtuosos?

— Sí, querida mía, en la gloria está el colmo de todos los bienes.

— ¿Y qué mayor bien que tenerte así á mi lado? en este momento no trocaría yo este poco de sombra y ese peñasco altísimo inculto por todos los palacios de Granada; ¿porqué le miras con esa especie de horror?

— Dos antepasados mios fueron precipitados junto á Martos de una elevacion igual.

— ¿Y porqué?

— Por la venganza de un rey.

— Pues qué, ¿no me has dicho que Jesús prohibe la venganza?

— ¡Ah! ¡quién sabe á dónde nos llevan las pasiones! pero mira, ¿qué polvareda es aquella?

— Sin duda algun ganado... no, que son caballeros; ¿si serán? y moros sin duda.

— ¡Ay de mí! huuyamos, es tu padre, mira su turbante rojo... Poniéndose precipitadamente las armas y corriendo ya, decía esto D. Fadrique.

— Somos perdidos, han cercado la montaña, no nos queda mas recurso que trepar por ella....

Así comenzaron á hacerlo: los moros, dejados los caballos al pié, trepaban tambien tras ellos: en vano D. Fadrique y su bella fugitiva, aglomerando cuántas piedras y troncos les suministraba como armas de desesperacion, las dejaban caer con gran destroz de los contrarios. Una nube de dardos los cubría, y el pobre cristiano tuvo que desprenderse del escudo para que su amada se resguardase. Cuando mas se estrechaba ya el cerco, una piedra disparada por mano de la misma mora vino á herir en una pierna y á derribar á su padre. Paróse un momento la pelea con el sobresalto que esto causó.

— Entrégate, la decía despues á Zulema, entrégate á tu padre, hija desnaturalizada, y él te perdonará; la sangre de ese perro, no la tuya, es la que necesita mi venganza.

Negóse la amante granadina, y renovóse con mas furia el asalto. Apenas quedaban algunas varas de terreno ya cerca de la cumbre y junto al horrible despeñadero a los desgraciados, cuando D. Fadrique, herido por mil partes, la dijo:

— Entrégate, amada de mi alma, y sálvate, yo ya no puedo vivir, ¿qué me importa morir ahora ó dentro de algunas horas, morir de flechazos ó de una cuchillada? — Si tú mueres, muramos juntos, morir gozando, dijo la mora abrazándose con su amado, y precipitándose con él en el abismo.

Una zarza vino á detenerla por la vestidura y á ofrecer á su desalmado padre el horrible espectáculo de una hija que prefería morir con su amante á vivir con él. Su cuerpo pendia como el nido de un águila en un lugar enteramente inaccesible á todo socorro. En vano el moro al borde de aquel abismo, la llamaba y la tendía una y otra banda de los turbantes; ninguno llegaba. Entretanto D. Fadrique, mas pesado por sus armas, se habia desprendido de los brazos de su dama, y terminando su mísera existencia allá en el fondo, en el sitio mismo donde poco ha reposaba en brazos de su amada. El vestido de esta se desgarró en fin, y viene su cadáver vagando por el aire como el de una paloma herida de una flecha á reposar junto al de aquel por quien habia tantas veces jurado morir gozando.

VI.

Esta montaña, que está junto á Antequera, recibió por esta causa el nombre de *la Peña de los Enamorados*, y nuestro grave historiador Mariana, al indicar ligeramente este suceso, añade: «Constancia que se empleara mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religion, y no por satisfacer á sus apetitos desenfrenados.»

R. DE T.

Fiestas indianas.

PURI Y LA FIESTA DE ROTH EN 1849.

«¿Qué hombre en el mundo no conoce á Puri (1)! Puri, cuyo templo toca en las nubes y sirve de faro á los navegantes! Puri, el lugar de reunion de los pueblos, la antigua residencia de las poderosas divinidades! Venid á Puri, venid, veréis allí maravillas sin cuento; ¡es la ciudad de los dioses y de los milagros!» Así van gritando los sacerdotes viajeros hasta las tribus mas lejanas de la India.

Un conjunto raro de casas miserables, de shalas, abrigos destinados á los peregrinos, de monasterios, vastos edificios de conchas verandas (2), murallas adornadas de figuras, callejuelas estrechas, tortuosas y sucias, interceptadas con pozos de piedra y montones de escombros, una calle de ciento cuarenta piés de anchura, que desemboca en la plaza del templo y por donde pasa el carro del ídolo. ¡Este es Puri! ¡la gran ciudad! ¡la ciudad de las maravillas!

Mas lejos, y sobre vastos arrabales de arena, aparecen las casas de los europeos y de los oficiales del gobierno. Desde allí se oye incesantemente el sordo mugido del mar, cuyas enormes olas cubren á lo lejos la playa con blanca espuma.

En medio de estas comarcas sagradas se eleva esta ciudad sagrada, donde están los cinco estanques sagrados, vastos receptáculos rodeados de escalones de piedra, uno de los cuales, mas célebre que los otros, tiene el nombre de Gange-Blanc, porque dicen que es hijo de Gange. Entre los otros lugares sagrados están el templo de Loknath, con su famosa imágen de Lib; el gran cementerio de Puri en las arenas, llamado Svirgo Dwar ó puerta del cielo; el Norok Dwar ó puerta del infierno, á cuya orilla llegó el ídolo reverenciado de Jogonath; por último, el Chokrotirho, arroyuelo que desemboca en el Océano. Pero el principal objeto de la veneracion pública es el templo del ídolo. Por cualquier parte que se llegue se encuentra cortado el paso por un muro de veinte piés de alto, que rodea una plaza de seiscientos veinte piés de ancho. A cada una de las cuatro partes de este muro hay una ancha puerta, abierta á la multitud. La mejor, la mas venerada y frecuentada es la de los leones, llamada así porque tiene á los lados colosales leones: por ella pasan los dioses, y allí termina el Boro Dando (3). En frente, y á alguna distancia, se eleva en medio de la calle una columna de mármol negro, de unos cuarenta piés de altura, y en cuya cima está el dios Hormaman (4). Ligera, graciosa, acanalada, forma esta columna singular contraste con todo lo que la rodea: es un monumento griego en medio de monumentos indios.

Al entrar en la plaza descubre el peregrino, no uno ni dos templos, sino mas de cincuenta, dedicados, no á todas las divinidades de la India, sino á las mas célebres. El mas notable de todos es el Boro Dwal, ó gran templo,

imponente torre de doscientos piés de altura y cuarenta y dos de fachada. Allí, sobre una ancha plataforma toda de mármol, y llamada Botnosinghason ó trono de las alhajas, residen de edad en edad tres divinidades, Jogonath, su hermano y su hermana. Tres edificios piramidales completan este templo: el Mukhsala, el Bhog Mondop y el Jogomohon, mas pequeño que los otros dos y colocado en medio.

Al Bhog Mondop es donde llevan todos los dias los sacerdotes el alimento destinado á los peregrinos, y en el Jogomohon (delicias del mundo) es donde las jóvenes bayaderas regocijan con sus bailes á los dioses y á los sacerdotes.

Todo el edificio, tanto en lo interior como en lo exterior, está cubierto de diversas figuras: elefantes, grifos y monstruos de todas especies.

En la espalda de la estatua, aseguran los indios que existe un talisman. Segun unos es un hueso de Krishuo ó un Salgan (1), segun otros es una caja de plata viva. Dicen que siempre que se hace un ídolo nuevo, eligen un jóven de las cercanías de Puri para trasladar el precioso tesoro desde el antiguo ídolo al nuevo, y que hecha la operacion muere el niño en el cuño.

El establecimiento que depende del templo inmenso, comprende treinta y seis clases principales de dependientes del ídolo; mas seiscientas cuarenta personas no tienen otra ocupacion que servirle. El Khatsay le hace la cama, el Pasaprok le despierta por la mañana, el Mukh le presenta el mondadientes y agua para enjuagarse, el pintor le colorea los ojos, otro le prepara el arroz, otro le presenta los platos, el Dhna lava los mantiles, el Changras toma el inventario de las ropas, el Chhattarna le lleva la sombrilla, el Khuntia le avisa la hora en que empieza la adoracion. Para tanta gente y tan gran dios son indispensables sacerdotes cocineros; se cuentan cuatrocientas familias de esta clase. Era preciso tambien sacerdotisas bailarinas; hay unas ciento veinte: llega pues el número total de sacerdotes de Jogonath á unos tres mil.

Se pueden dividir los sacerdotes de Jogonath en dos clases: en sacerdotes sedentarios y viajeros. Los primeros viven en Puri y jamás salen de allí: los segundos, llamados Paudas, van á reanimar el celo de las poblaciones indias, y enviaban á cada fiesta millares de adoradores: célebres por la naturaleza de sus funciones, han dado su nombre á sus compañeros, y los peregrinos solo conocen á los sacerdotes, sean sus funciones las que quieran, bajo el nombre de Paudas.

Este ejército con templo é ídolo ha sido puesto por el gobierno inglés bajo la inmediata vigilancia del bajá de Khurdan. Este príncipe es el dueño absoluto de todo aquello, y el terror de los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen mil industrias que les proporcionan considerables sumas; hay una que por sí sola bastaria para enriquecerlos; es el comercio de la comida sagrada, preparada por los sacerdotes cocineros, y presentada al ídolo que la santifica, es vendida despues como santa á la muchedumbre que creeria un crimen el comer otra cosa en Puri, que lo que ha sido bendecido por el ídolo. Pero mas de cien mil peregrinos toman parte en el banquete, y lo que los sacerdotes compran por dos aunas (una octava parte de rupia), lo venden por una rupia.

Cada año se celebran doce fiestas en Puri, las cuatro principales son: el *Dol*, el *Chondon*, el *Suan* y el *Roth Jattra*.

En el Suan Jattra, los sacerdotes para purificar á los dioses de las manchas que puedan haber adquirido por el contacto y mirada de tantos miles de pecadores, los colocan en un alto terrado, y los asperjean á vista de la multitud; y en el Roth Jattra ó fiesta de los carros, salen los ídolos del templo, suben sobre los carros, y van á pasar algunos dias al templo de Gondicha, que está á dos millas de distancia, al extremo Norte de Bow Dando.

El Roth Jattra empieza el segundo dia del mes bengalés de Asar, en la época en que es mayor el calor á la entrada de la estacion de las lluvias.

Entonces aparecen tres carros, cuyas colosales dimensiones reclaman respeto de la multitud: estos son los carros cuya reputacion se extiende mas allá de los mares, y cuyas ruedas han aplastado á tantos fanáticos. Adornados con unos paños con rayas encarnadas, verdes y amarillas, parecen de lejos de una magnificencia sin igual, y hieren la imaginacion de los pueblos; pero de cerca no son mas que masas extravagantes, miserablemente adornadas.

El carro de Jogonath tiene cuarenta y cinco piés de alto y rueda sobre diez y seis pesadas ruedas de siete piés de diámetro; sobre la plataforma en que acaba se coloca la divinidad. Los otros dos carros no difieren mas que en la forma, pero son un poco mas bajos. Así como el primero están rodeados de una galeria de ocho piés de anchura, que recorren los sacerdotes delirantes, que provocan por sus gestos violentos ó por sus arengas el entusiasmo de la multitud, y reciben las ofrendas que les echan de todos lados.

En el dia señalado, despues de las oraciones y diversas ceremonias, se hacen salir á los dioses del templo de una manera poco adecuada á su pretendida dignidad. El ídolo hermano es llevado á fuerza de brazo; pero Jogonath y su hermano aparecen en la puerta de los leones con cordeles al cuello. En tanto que unos sacerdotes tiran de estas cuerdas, otros procuran poner derechas á las divinidades ó los empujan de una manera tan impropia y con gestos tan cómicos, que se diría que

(1) Piedra sagrada.

su único objeto es divertirse y divertir á los espectadores.

Despues de esta aventura, llegan los ídolos á los carros. Entónces nuevos trabajos; los carros son altos y es preciso subirlos; hay una especie de puentes que bajan desde lo alto de los carros hasta el suelo, y facilitan la ascension de las divinidades; tiran de ellas, las empujan, y suben por fin á su trono.

Entónces se deja oír un clamoreo atronador, el delirio de la muchedumbre llega á su colmo, todos pueden ver y saludar á los dioses: ¿y qué son estos dioses? Troncos de seis piés de altura. Jogonath el de los grandes ojos, nariz puntiaguda, cuerpo informe; Jagonath el jorobado, en una palabra. Su hermano es tan horrible como él, y su hermana, verdadero monstruo, cuya extremidad apenas ofrece algunos rasgos de semejanza con una cabeza humana.

Puestos ya en los carros, ponen á Jogonath piés, manos y orejas de oro, y despues, con los gestos mas ceremoniosos, le ciñen una faja de color de grana. Entónces recibe los homenajes del raja, que rodeado de toda su pompa y armado de un magnifico quitasol, llena con orgullo las funciones de Chondal ó sacerdote del dios. En seguida corren vandas numerosas de aldeanos llamados Kolabetias, que deben ayudar á los habitantes de Puri á llevar á los dioses. Además del honor que este acto les reporta, queda exenta de impuestos una parte de sus tierras. Estos Kolabetias vivaquean al redor de los carros, y al dar la señal convenida se precipitan sobre los enormes cables que están atados á ellos, y arrastran con su ejemplo á la muchedumbre, y bien pronto las pesadas máquinas hacen temblar la tierra bajo su peso.

La frenética alegría que se manifiesta en todos los rostros, el aspecto de las caras, templos, árboles y calles donde hormigüea la entusiasta muchedumbre, el ruido de mil tamtams, el chirrido de los carros, los gritos de Flori Bord que se elevan incesantemente en medio del trueno continuado de la fiesta; el raja, su deslumbrador aparato, sus sombrillas sagradas, sus anchos abanicos, su imponente guardia; los diez elefantes del ídolo con retumbantes campanillas y mantillas de grana entrelazada con pajitas de oro; los Paudas con sus gestos, aullando y cantando en la galeria de los carros; el paso pesado y uniforme de una muchedumbre que se va haciendo paso entre otra multitud: toda esta pompa y todas estas miserias, el conjunto, en fin, de tan extraña escena, lastima el alma y hace una impresion que no es fácil describir.

La rapidez de los carros varia segun el estado de las calles; tardan por lo regular tres ó cuatro dias en llegar al templo de Gondicha. Allí descansan algunos dias los dioses, despues vuelven á sus troncos movibles, y regresan á sus dominios. He aquí toda la fiesta de Roth.

Los adoradores que reune Puri pertenecen á todas las tribus de la India: allí se ven siaks (1), maharathas (2), indostanes, telingas (3), malabones (4), oritias, y sobre todo bengalenses.

Las mujeres componen por lo ménos las dos terceras partes de la asamblea. Estas desdichadas, viudas en la mayor parte, se contentan con escapar á la esclavitud que pesa sobre ellas en las familias de sus difuntos maridos; y estas familias, es preciso decirlo, son bastante bárbaras para animarlas á emprender una peregrinacion de que se espera que no han de volver. ¿Cómo resistir entónces á las magníficas promesas que vienen á hacerles los viajeros sacerdotes, y no dejarse deslumbrar por las invitaciones que les hacen para contemplar tantas maravillas? Segun ellos, los peregrinos que tiran del carro de Jogonath no son mas que una simple guardia de honor. Este carro rueda por sí solo impelido por una fuerza interior, emanada del mismo Jogonath. El dios devora todos los dias mil libras de alimento; tiene sobre el hogar de su cocina nueve grandes vasos, uno sobre otro, y ¡cosa admirable! aunque el calor es tan extraordinario, solo en el último se cuece la comida; la que hay en los ocho restantes queda cruda. No hay sombra en el templo, y no se oye el ruido del mar aunque resuena en el pórtico, etc., etc.

El número de peregrinos varia todos los años; se cuentan desde ochenta mil á doscientos mil y mas.

En 1849 ningun peregrino se echó bajo las ruedas de los carros; el fanatismo de la antigua edad va desapareciendo; y desdichados los sacerdotes si tratasen de reanimarlo. El gobierno inglés les ha hecho responsables de la sangre que se derrame. Pero hay otro sacrificio que se renueva impunemente todos los años; el de millares de hombres que vienen á perecer en las calles y plazas de la ciudad santa: este número infinito de almas inmortales que envilece un culto degenerado.

(1) Nacion del Payab, célebre por las sangrientas batallas que ha dado á los ingleses.

(2) Los maharathas, en la superficie del Decan, guerreros entusiastas é intrépidos, antes temidos en toda la India y aun por los ingleses. Su imperio no se destruyó definitivamente hasta 1818.

(3) Los telingas ocupan el centro oriental de la costa del Decan.

(4) Pueblo mercantil y navegante en la costa occidental del Decan.

El ejército de la China.

Generalmente la estadística presenta datos inciertos y variables cuando se refiere á países lejanos, por cuya

(1) Ciudad de 30,000 habitantes, situada á 100 leguas de Calcuta, al lado de la provincia de Orissa.

(2) Especie de galerías ligeras cubiertas de lona. Las verandas de estos monasterios se elevan algunos piés sobre la calle, y por lo regular están adornadas con un pequeño modelo del templo de Jogonath, en cuya cima se ve el tuisi, árbol sagrado.

(3) Gran calle.

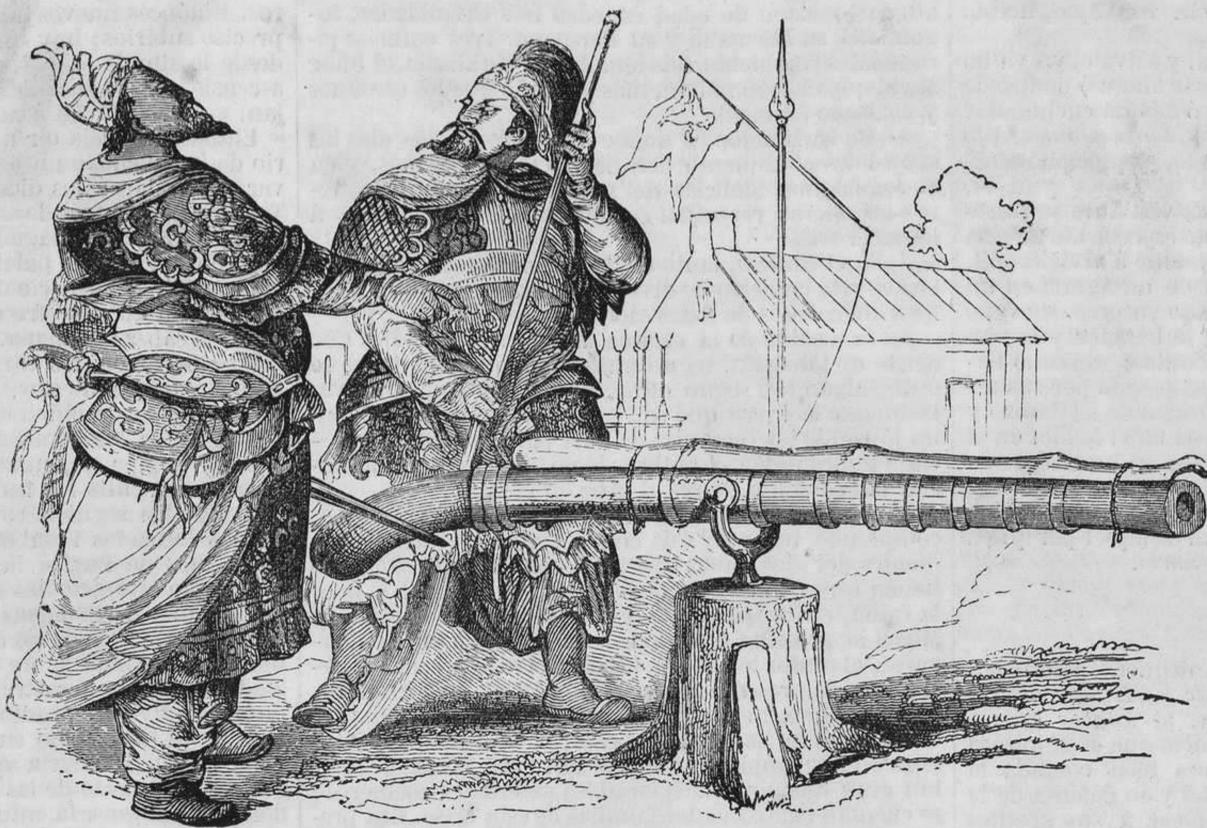
(4) Dios mono.

azon no extrañamos la diversidad que se observa en los cálculos hechos por los europeos acerca de las fuerzas militares del celeste imperio. Hay quien ha hecho subir el ejército chino á un millón de soldados de infantería y ochocientos mil de caballería; otros reducen el número de dichas armas casi á la mitad; pero todos que han tenido ocasion de examinar las cosas de cerca convienen en que la infantería no baja de 850,000 hombres, que la caballería sube á 410,000, y suponen que la marina consta de 30,000 al ménos, lo que da un total de un millón doscientos noventa mil hombres, fuerza respetable aunque no desproporcionada para un imperio que cuenta trescientos millones de almas.

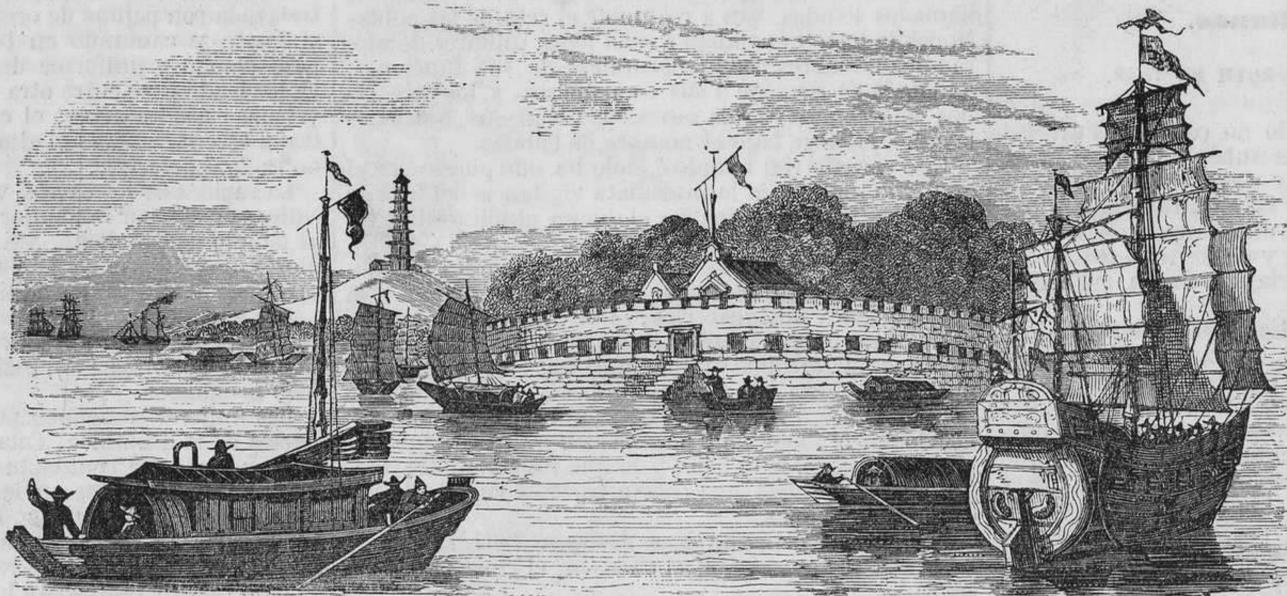
A pesar de estas fuerzas considerables y de la célebre muralla con que aquel imperio ha querido guarecerse de toda invasion, la China es una débil nacion militarmente considerada: en el siglo XVII fué conquistada por los tártaros cuya dinastía domina aun y no hace muchos años que los ingleses arrollaron sin dificultad, casi sin combatir, á los tártaros y chinos reunidos.

Hay pues tropas chinas y tropas tártaras, aunque generalmente unos y otros suelen militar bajo una misma bandera para la defensa de las plazas fuertes. Solo quedan excluidos los chinos de la guardia imperial, que consta de 23,000 hombres de infantería y 3,000 de caballería en cuyo servicio se emplean únicamente los tártaros.

El ejército chino esta repartido en ocho divisiones, que se distinguen por el color de sus banderas, siendo amarillo el de la primera division, que es la imperial. La bandera de la segunda division es blanca, la de la tercera encarnada, la de la cuarta azul, y las cuatro restantes solo se



Ejército chino. — Artillería. — Mandarin y soldado.



Fortificaciones chinas.

diferencian de las primeras en alguna dorno ó bordado de distinto color. Cada division tártara se compone de 10,000 hombres.

Los grados militares lo mismo que los civiles se dan en concurso, verificándose exámenes anuales para las promociones; de modo que un simple soldado mostrando habilidad para manejar el arco, servirse de la lanza ó montar á caballo, puede aspirar á ocupar uno de los puestos principales de la milicia. Tiénesse tambien en cuenta para esto la fuerza muscular y no se desatiende el temperamento del individuo, siendo generalmente preferidos los hombres robustos á los demás en iguales circunstancias, porque parece que los chinos, sean militares ó paisanos, miran con marcado respeto á los hombres gordos.

Tambien son ascendidos los soldados que se distinguen por su valor en los combates, y si mueren en campaña, tienen el consuelo de lograr para sus familias una pension, y que sus nombres se inscriban en los libros sagrados, probablemente para ser recompensados en el otro mundo.

Un soldado se puede retirar á la edad de sesenta años, disfrutando desde entónces medio sueldo. Este es diferente para los chinos y los tártaros de los cuales los últimos vienen á tener unos treinta reales al mes además del rancho, y los primeros un duro sin la comida. Unos y otros estiman mucho la paga, pero esta no influye nada para que ellos se batan con mas entusiasmo. Verdad es que apenas conocen la disciplina, pues suelen ir agrupados al rededor de sus banderas en confusos pelotones, siendo los oficiales á caballo los que primero entran en la pelea, y á pesar de esta falta absoluta de táctica, la ordenanza es tan ríjida, que no concede la posibilidad de la derrota, lo que hace que se



Ejército chino. -- Caballería. -- Mandarin.

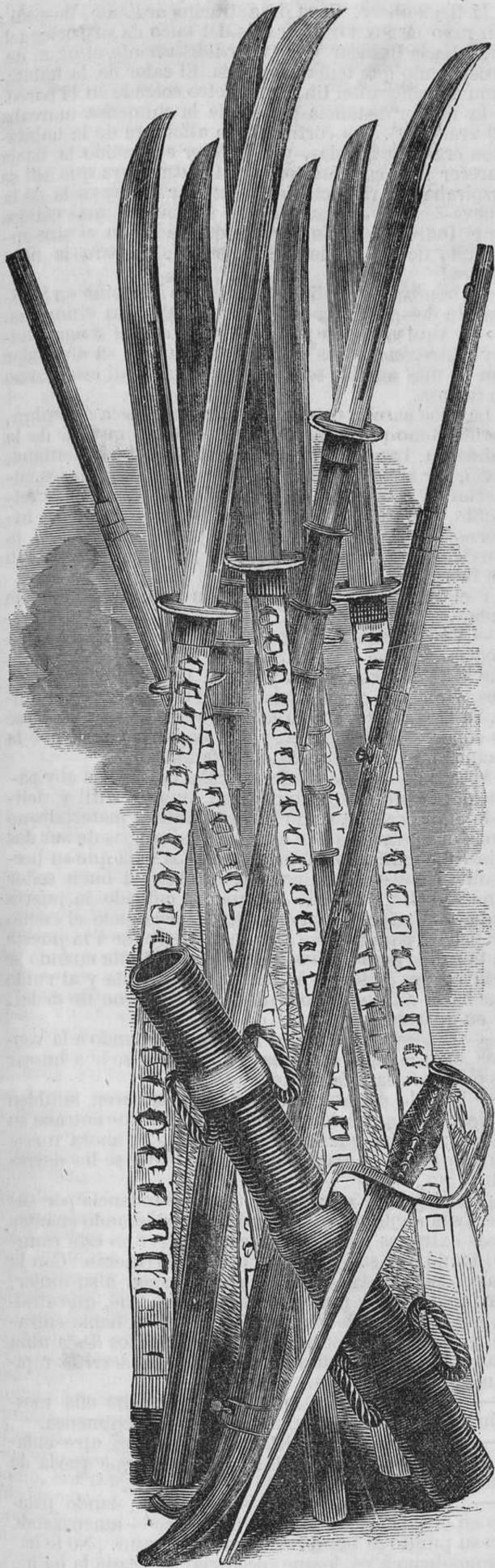
desfiguren siempre los hechos presentando siempre los generales chinos sus descalabros como victorias. Una anécdota que vamos á referir prueba la importancia que entre los chinos se da á la resistencia. Habia un general inglés intimado á un mandarin chino la órden de evacuar un fuerte, y el tal mandarin que no tenia medios ó valor para desobedecer al enemigo, vino al campo de este á decirle que desocuparia el fuerte con la condicion de que por una y otra parte se tirasen cañonazos aunque sin bala durante una hora. El general inglés permaneci6 en su puesto sin acceder á semejante farsa; pero el mandarin vuelto al fuerte, arm6 durante una hora tal ruido de cañonazos, que cualquiera hubiera creido hallarse en una de las batallas mas sangrientas de los tiempos modernos. Despues de esta farsa los chinos abandonaron el fuerte, y nadie duda que el mandarin seria altamente recompensado por su heroica resistencia.

El traje de los soldados es un vestido encarnado con bordadura blanca ó azul y pantalon de algod6n azul. Cada soldado lleva en la espalda el nombre de su regimiento, y generalmente la palabra *young* que significa *intrepidez*. Luego que han cumplido su servicio se quitan el vestido y la gorra, únicas insignias militares, y quedan vestidos de paisanos. Por esta razon cuando los ingleses se posesionaron de las ciudades de *Ngpo* y *Amoy* se vieron en la imposibilidad de perseguir á los soldados porque estos tirando la gorra y el uniforme se habian mezclado al resto de la poblacion.

Los mandarines llevan una espada corta y estrecha con muchos adornos en la vaina, y se la cuelgan al costado derecho para que no tropiece con la aljaba que tienen al lado izquierdo. Esta aljaba es de cuero mas ó ménos adornado segun la graduacion. Las flechas son



Ejército chino. -- Infantería. -- Soldado.



Ejército chino. -- Picas, sables y morteros.

de varias dimensiones y terminan por una bolita aguzada que produce cierto silbido en el aire, lo cual tiene por objeto aterrar á los enemigos. Empléanse en ella plumas de vistosos colores, tales como las del faisán, principalmente para los mandarines.

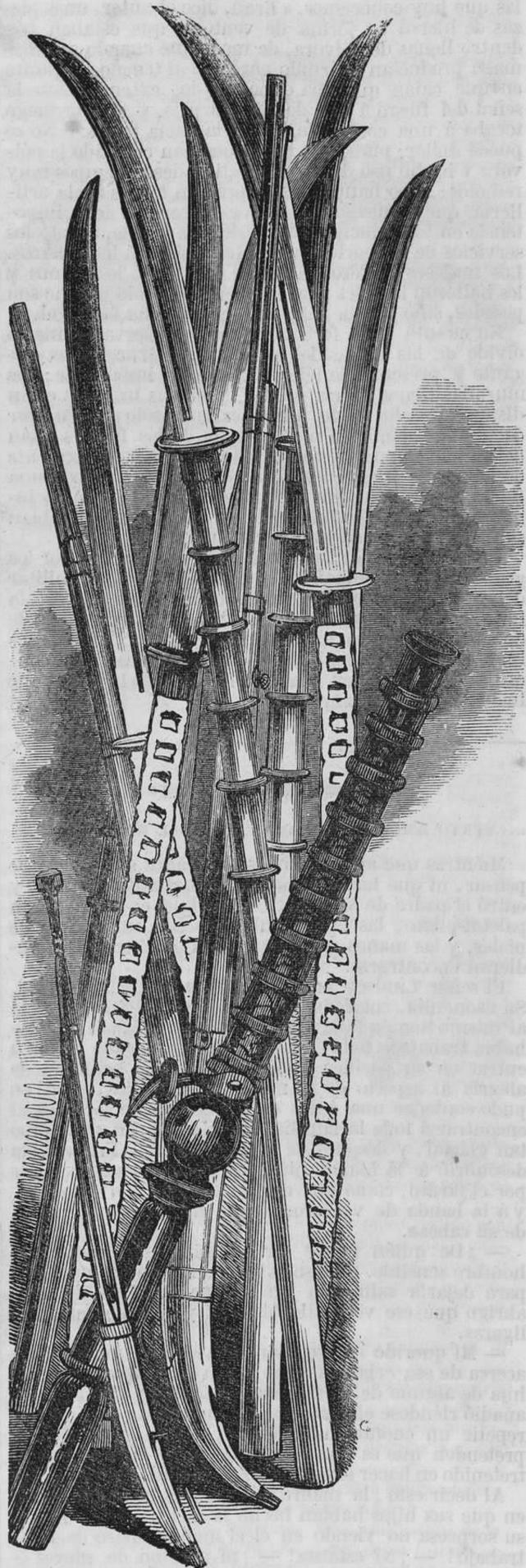
Los soldados simples ó rasos llevan broqueles, fusiles, lanzas, arcos, flechas y sables de dos hojas. El broquel suele ceder á la bala, pero resiste bien al choque de las lanzas y de los sables, y tiene en la parte exterior una figura rara tal como un dragon, un tigre ó un diablo para causar miedo al enemigo. Y si es verdad que los chinos son los primeros que han hecho uso de la pólvora, es preciso convenir en que han progresado muy poco, puesto que hasta para los fusiles emplean la mecha. Hay lanzas de varias formas : las unas son picas y las otras se parecen á nuestras alabardas. Generalmente la hoja es larga y ancha con un solo corte ó filo; de modo que seria un arma temible si no fuera tan difícil de manejar. El arco es el arma favorita de los chinos : este es de una madera sumamente dura y elástica, y su cuerda de un tegido de hilo y seda bastante sólido. El sable de doble hoja es un arma muy singular pero poco temible, aunque no ha podido apreciarse debidamente su valor en la guerra de los ingleses por la razon de que los chinos nunca se han batido de cerca. ¿ Que significan en efecto los sables de dos hojas ante las bayonetas y las balas de los europeos ?

Los tártaros son muy hábiles en el manejo del arco, y se dan premios á los que mayor destreza manifiestan. Así en la última campaña, de que ya hemos hecho mención, se prometió como recompensa á los que pusieran la flecha en el blanco, que verian la cara del Emperador; premio extraordinario en un pais donde al pasar el soberano, á quien llaman hijo del cielo, todo el mundo debe prosternarse hundiendo la cara en la tierra.

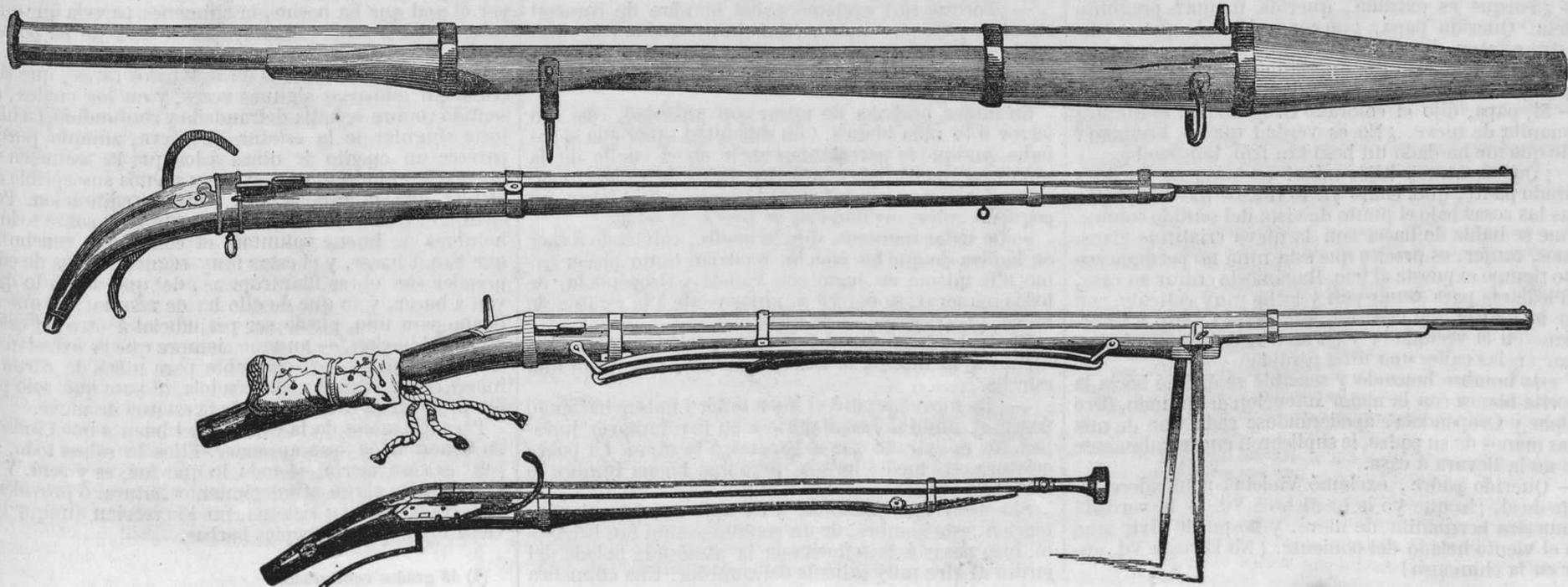
La administracion general del ejército y de la marina militar se halla centralizada en Pekin y ejercida por uno de los seis grandes consejos que dirigen los negocios del imperio. Si se examina el mecanismo del gobierno en su organizacion teórica, no deja de sorprender la clasificacion regular que se advierte en todas las ruedas y en todos los rangos de la administracion. Pero bajo el punto de vista de la práctica ya es diferente : las ambiciones hacen valer sus maquinaciones alli como en Europa; las intrigas y la corrupcion hacen prevalecer la injusticia en los concursos, y así el consejo de guerra de Pekin se veria incapacitado de organizar un cuerpo de defensa en caso necesario.

Comparando la pólvora china con la inglesa, se observa que una y otra están compuestas de los mismos elementos y casi en iguales proporciones. La inglesa tiene 75 partes de salitre, 15 de carbon y 10 de azufre, la de los chinos consta de 75,7 partes de salitre, 14,4 de carbon y 9,9 de azufre. El salitre se encuentra con abundancia, y el consumo de la pólvora es grande, pues no hay fiesta en que los chinos no la empleen con prodigalidad. En las márgenes del rio de Canton hay una ciudad de 300,000 almas donde se oyen frecuentes detonaciones en los crepúsculos de la aurora y de la tarde. No hay buque que á su entrada ó salida del puerto no sea saludado por numerosas descargas, y hasta las flotas de pescadores hacen ruido á porfia para alcanzar el favor de las divinidades. Desgraciadamente para los chinos la pólvora no les sirve mas que para hacer ruido en sus fiestas nacionales y ceremonias religiosas; pero muy poco para resistir las agresiones de un ejército disciplinado.

Hemos hablado ya de los fusiles chinos, que habiendo de descargarse con la ayuda de la mecha, son mas peligrosos para los que se sirven de ellos que para los enemigos; pero aun no habiamos dicho nada de sus cañones, que no valen mucho mas que sus fusiles. Háblase (y esto prueba la antigüedad de la pólvora) de un sitio en el año 757 en el cual los tártaros hicieron uso del cañon y de la mina, y el P. Gaubil en su *historia de la dinastia mongola* cuenta que durante otro sitio sostenido en 1272, lanzaban los chinos bombas muy semejantes á



Ejército chino. -- Mesquetes, lanzas, culebrinas.



Ejército chino. -- Fusiles y carabinas de muralla.

las que hoy conocemos. «Eran, dice el autor, unas piezas de hierro en forma de ventosas que estaban por dentro llenas de pólvora, de modo que cuando se inflamaba producían un ruido parecido al trueno. El punto en que caían quedaba ennegrecido, extendiéndose la señal del fuego á mas de dos mil pies, y si este fuego tocaba á una coraza de hierro la hacía trizas.» No se puede dudar, pues, que los chinos han conocido la pólvora y hecho uso de los proyectiles desde tiempos muy remotos; pero han sido siempre tan torpes en la artillería, que el mismo emperador convencido de su impotencia en los principios del siglo diez y siete, aceptó los servicios de los portugueses para resistir á los tártaros. Los ingleses cogieron algunos cañones á los chinos y les hallaron inútiles para la guerra, no solo porque son pesados, sino porque rebientan con mucha facilidad.

En cuanto á las fortificaciones se observa el mismo olvido de las reglas del arte. La construcción es elegante y presenta de lejos un aspecto imponente; las murallas tienen cierta solidez, pero sus troneras están dispuestas de tal modo, que los cañones solo pueden tirar de frente. Además la mayor parte de los fuertes están defendidos solamente por un lado. Basta por consiguiente desembarcar á algunos pasos del fuerte y hacer una ligera conversión para tomarlo como lo hicieron los ingleses con grande asombro de los chinos que no habían siquiera sospechado tan sencilla maniobra.

Vemos, pues, por los detalles que preceden, y por los grabados que acompañan, la poca significación militar del celeste imperio; la organización de sus tropas, la imperfección de sus armas, la disposición y medios de defensa bastan, en fin, á explicar las victorias de los ingleses. Algunos regimientos europeos harían la conquista de la China en breve tiempo, si solo tuvieran que luchar contra los hombres.

La estatua de nieve.

CUENTO AMERICANO, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Mientras que andaba dudosa la madre sin saber que pensar, ni que hacer, abrióse la puerta de la calle, y entró el padre de Violeta y Oropéndola, envuelto en un paletot-piloto, las orejas cubiertas con una gorra de pieles, y las manos con los guantes mas recios que pudieran encontrarse.

El señor Lindsey era un hombre de mediana edad. Su fisonomía, colorada por el viento y el frio, parecía al mismo tiempo fatigada y contenta; fatigada, porque habia trabajado todo el dia; contenta, porque volvía á entrar en su pacífico domicilio. Sus ojos brillaron de alegría al aspecto de su mujer y sus hijos, pero no pudo contener una ó dos exclamaciones de sorpresa al encontrar á toda la familia al aire libre, con un tiempo tan glacial, y despues de ponerse el sol. En seguida descubrió á la blanca niña extranjera dando vueltas por el jardin, como un verdadero torbellino de nieve, y á la banda de verderones que revoloteaban encima de su cabeza.

— ¿De quién puede ser esa niña? preguntó este hombre sensible. Preciso es que su madre sea muy loca para dejarla salir con un tiempo tan frio sin mas abrigo que ese vestidillo blanco, y esas chinelas tan ligeras.

— Mi querido esposo, tan escasas son mis noticias acerca de esa criatura como las tuyas. Supongo que es hija de alguno de la vecindad. Violeta y Oropéndola, añadió riéndose ella misma, no pudiendo prescindir de repetir un cuento tan absurdo, Violeta y Oropéndola pretenden que es una estatua de nieve que se han entretenido en hacer ellos mismos esta tarde.

Al decir esto, la madre dirigió la vista hacia el sitio en que sus hijos habian hecho la estatua. ¿Cuál no fué su sorpresa no viendo en él el menor rastro de tanto trabajo! — ¡Ni estatua! — ¡ni monton de nieve! — Allí no quedaban mas que las huellas de pisadas de niño, alrededor de un sitio vacío.

— ¡Vaya una cosa extraña! dijo ella.
— ¿Porqué es extraña, querida mama? preguntó Violeta. Querido papa, ¿no conoce Vd. lo que es? Es nuestra estatua de nieve, la estatua que hemos hecho Oropéndola y yo, porque queríamos tener una amiga para jugar con ella. ¿No es verdad, Oropéndola?

— Sí, papa, dijo el colorado Oropéndola; es nuestra hermanita de nieve. ¿No es verdad que es hermosa? ¡Solo que me ha dado un beso tan frio, tan frio!

— ¡Qué desatino, hijos míos! exclamó su bueno y honrado padre, que, como ya lo hemos dicho, miraba todas las cosas bajo el punto de vista del sentido comun. No me se hable de hacer con la nieve criaturas vivas. Vamos, mujer, es preciso que esta niña no permanezca tanto tiempo expuesta al frio. Hagámosla entrar en casa, y tú le darás para cenar pan y leche muy caliente, con todo lo demás que necesite. Entretanto, voy á informarme en la vecindad, y en caso necesario haré pregonar en las calles una niña perdida.

Y este hombre honrado y sensible se dirigió hacia la señorita blanca con la mejor intencion del mundo. Pero Violeta y Oropéndola, apoderándose cada uno de una de las manos de su padre, le suplicaron encarecidamente que no la llevara á casa.

— Querido padre, exclamó Violeta, poniéndose delante de él, ¡lo que yo le he dicho á Vd. es la verdad! Es nuestra hermanita de nieve, y no puede vivir sino con el viento helado del poniente. ¡No la haga Vd. entrar en la chimenea!

— Sí, papá, repitió á su vez Oropéndola, dando pataditas en el suelo, á causa de la seriedad con que hablaba; ¡no es otra cosa que nuestra hermana de nieve! ¡El fuego no le gustará!

— ¡Desatino, hijos, desatino, desatino! dijo el padre, medio mohino y medio risueño al ver lo que él consideraba como una loca obstinación. Entrad en casa al momento. Ya es muy tarde para jugar. Yo debo atender inmediatamente á esta niña, porque de otro modo está expuesta á coger una pulmonía.

— ¡Mi querido esposo! dijo la mujer en voz baja, — porque habia examinado de cerca á la niña de nieve, y se hallaba mas confusa que ántes, en todo esto hay alguna cosa muy singular. Tú me crearás loca, — pero, — ¿pero no podría suceder que algun ángel invisible haya sido atraído por la inocente confianza con que nuestros hijos se han puesto á trabajar? No podría haber venido á pasar una hora de su inmortalidad jugando con estas tiernas y queridas almas? El resultado vendría á ser lo que llamamos un milagro... ¡No, no, no te burles de mí, ya veo que es temeraria mi suposición!

— Mi querida esposa, respondió el marido, riendo con todo su corazón. Tú eres tan niña como Violeta y Oropéndola.

Y en un sentido era verdad; porque toda su vida habia guardado el corazón lleno de un candor y de una confianza infantiles, y este corazón estaba tan puro y tan claro como el cristal, y al contemplar todas las cosas á través de este prisma trasparente, habia algunas veces descubierto verdades tan ocultas, que las demás gentes se reían de ellas como si fueran imaginaciones absurdas.

Pero el bueno señor Lindsey acababa de desembarazarse de sus dos hijos, que continuaban corriendo tras él, y suplicándole que dejara á la niña de nieve seguir divirtiéndose con la brisa del poniente. Al acercarse á ella, huyeron los verderones. La blanca señorita echó á correr tambien sacudiendo la cabeza, como si quisiera decir: «¡No me toqueis, os lo suplico!» y lo llevó maliciosamente hacia los sitios en que habia mas nieve. El buen hombre tropicó y cayó de bruces, de modo que al levantarse, la nieve que habia quedado pegada al pelo largo de su paletot-piloto le hacia parecer á él tambien á una estatua de nieve de grandes dimensiones. A todo esto, algunos vecinos, que veían este ejercicio desde sus ventanas, se preguntaban unos á otros que tenia el pobre señor Lindsey para correr así por su jardin persiguiendo un torbellino de nieve, que el viento impulsaba de una á otra parte. Por último, y no sin pena, bloqueó á la niña extranjera en un rincón, del que no podia escaparse. Su mujer habia seguido con la vista todos sus movimientos.

El crepúsculo habia reemplazado al dia, y se admiraba ella de ver á la niña de nieve brillar y esparcir en torno suyo como una atmósfera luminosa; y despues de bloqueada en el rincón, centellear como una estrella. Era un brillo opaco, semejante al que despide un carámbano herido por los rayos de la luna. Extraño parecia á la mujer del señor Lindsey, que su marido no viera nada extraordinario en esta criatura de nieve.

— Vamos, picaruela, dijo el buen hombre, cogiéndola por la mano, al fin te he atrapado, y te calentaré apesar tuyo. Te pondrémos un buen par de medias de lana en tus pies helados, y te daremos un pañuelo grande para que te abrigues. Mucho me temo que tu nariz tan blanca esté helada á estas horas; pero, en fin, procuraremos arreglarlo todo. ¡Vamos, entra!

Con una benévola sonrisa en su redonda fisonomía, llena de dulzura y encarnada de frio, este buen hombre tomó por la mano á la niña de nieve, y la condujo hacia la casa. Ella lo seguía con lentitud y repugnancia; su brillo habia ya desaparecido; y así como poco ántes se parecia á una noche clara, glacial y sembrada de estrellas, con una cinta de fuego en el horizonte, ahora estaba tan triste y lánguida como el deshielo. En el momento en que el señor Lindsey la hacia subir la escalera exterior, Violeta y Oropéndola se acercaron á él con los ojos llenos de lágrimas, que se helaron en sus mejillas, — suplicándole de nuevo que no hiciera entrar en casa á su estatua de nieve.

— ¡Porqué no! exclamó aquel hombre de corazón sensible. ¡Niños, vosotros estais locos! Tanto frio tiene ya la pobrecilla, que apesar de mis fuertes guantes, casi ha helado mi mano con la suya. ¿Queréis que se muera de frio?

Su mujer acababa de mirar con ansiedad, casi con terror á la niña blanca. Con dificultad sabia ella si soñaba, aunque le pareció descubrir en el cuello de la niña una huella delicada de los dedos de Violeta. Era, como si al hacer la estatua, le hubiera dado Violeta un pequeño golpe, olvidándose de borrar la señal.

— De todas maneras, dijo la madre, volviendo á caer en la idea de que los ángeles tendrían tanto placer como ella misma en jugar con Violeta y Oropéndola, de todas maneras, se parece singularmente á la estatua de nieve. ¡Yo creo que es de nieve!

Un soplo de viento del Oeste acarició en aquel momento á la niña, y la hizo brillar otra vez como una estrella.

— ¡De nieve! repitió el buen señor Lindsey haciendo pasar el umbral hospitalario á su involuntario huésped. No es extraño que se parezca á la nieve. La pobre criatura está medio helada. Pero una buena lumbrera lo arreglará todo.

Sin decir mas palabras, y siempre con la mejor intencion, este hombre, de un sentido comun tan benévolo, hizo pasar á la señorita de la atmósfera helada del jardin al aire muy caliente del comedor. Una chimenea

á la Heidenberg, llena de antracito ardiente, despidió un rayo de luz viva á través del talco de su portezuelo, y hacia humear y hervir ruidosamente el agua de receptáculo que tenia sobre ella. El calor de la habitación era sofocante. Un termómetro colgado en la pared, á la mayor distancia posible de la chimenea marcaba 80 grados (1). Las cortinas y la alfombra de la habitación eran encarnadas, y este color encendido la hacia parecer mas caliente todavía. La atmósfera que allí se respiraba era respecto de la exterior lo que es la de la Nueva-Zembla comparada con los puntos mas cálidos de la India, ó el polo Norte comparado con el aire encendido de un horno. ¡Oh! ¡buen sitio para la niña blanca!

El hombre de sentido comun puso á la niña en la alfombra delante de la humeante y bulliciosa chimenea.

— ¡Aquí va á estar perfectamente! dijo el señor Lindsey restregándose las manos, y mirando á su alrededor con la mas amable sonrisa. Hija mia, aquí estas como en tu casa.

La niña parecia muy triste, de pié sobre la alfombra, herida como por la peste por el soplo abrasador de la chimenea. Lanzó una mirada melancólica á la ventana, y vió, por entre el cortinaje encarnado, los tejados cubiertos de nieve, las estrellas centelleando en el firmamento, y el frio intenso de una hermosa noche de invierno. El viento estremecía las vidrieras, como si la convidara á salir. Pero la niña de nieve permaneció allí sin fuerza, y como llorosa.

Y el hombre de sentido comun no se apercibía de nada.

— Vamos, dijo á su mujer, búscale un buen par de medias de lana y un pañuelo de abrigo, y dile á Dora que le dé de cenar apenas esté la leche caliente. Vosotros, Violeta y Oropéndola, jugad con vuestra amiguita. Ya lo veis, está acobardada de verse en una casa que no conoce. Por mi parte, voy á dar una vuelta por la vecindad, para saber cual es su familia.

Apesar de todo, la madre buscaba las medias el y pañuelo, porque su modo de ver, aunque sutil y delicado, habia cedido, como siempre, ante el materialismo tenaz de su marido. Sin atender á las quejas de sus dos hijos, que continuaban diciendo en voz baja que su hermanita de nieve no amaba la lumbrera, el buen señor Lindsey salió, cerrando con mucho cuidado la puerta de la habitación, despues de haber levantado el cuello del paletot para taparse las orejas; dirigióse á la puerta de la calle, pero apenas habia llegado á ella cuando se detuvo á los gritos de Violeta y Oropéndola y al ruido que hacia en un vidrio el dedo, cubierto con un dedal, de su querida esposa.

— ¡Lindsey, Lindsey! gritó esta, asomando á la ventana su fisonomía asustada, ¡no es preciso ir á buscar los padres de la niña!

— Bien lo decíamos nosotros, exclamaron tambien Violeta y Oropéndola en el momento en que entraba su padre. ¡Vd. ha querido traerla á casa, y ahora nuestra pobre y hermosa hermanita de nieve se ha derretido!

¡Y las lágrimas corrían con tanta abundancia por sus preciosas mejillas, que su padre, considerando cuántas cosas extrañas pueden á veces acontecer en este mundo, temió que sus hijos mismos se derritieran! Con la mayor perplejidad pidió una explicación á su mujer, pero todo lo que pudo esta responderle, fué, que atraído por los gritos de Violeta y Oropéndola, habia entrado, y no habia encontrado ya mas vestigios de la niña blanca que un monton de nieve que se derritió rápidamente ante sus ojos.

— ¡Y ahí tienes todo lo que resta, añadió ella mostrándole un charco de agua delante de la chimenea.

— Sí, padre, dijo Violeta mirándolo con aire enfadado á través de sus lágrimas; eso es lo que queda de nuestra querida hermana de nieve.

— ¡Padre inícuo! exclamó Oropéndola, dando patadas en el suelo, y — tiemblo al decirlo — amenazando con su puñito al hombre de sentido comun. ¡No le habíamos dicho á Vd. lo que sucedería! ¿Porqué la ha hecho Vd. entrar en casa?

¡Como un demonio con ojos encendidos, orgulloso por el mal que ha hecho, la chimenea parecia que miraba al buen señor Lindsey por el talco de su portezuela!

Este es, bien se vé, uno de esos casos raros, que suceden sin embargo algunas veces, y en los cuales, el sentido comun se halla defraudado y confundido. La historia singular de la estatua de nieve, aunque pueda parecer un cuento de niños á los que se asemejen al buen señor Lindsey, no por eso es menos susceptible de ofrecer una moralidad útil para su edificación. Por ejemplo: Que conviene á los hombres, y sobre todo á hombres de buena voluntad, el considerar mucho lo que van á hacer, y el estar muy seguros, ántes de emprender sus obras filantrópicas, de que saben lo que van á hacer, y lo que de ello ha de resultar. Lo que es bueno para uno, puede ser perjudicial á otro; el calor de la habitación, — aunque siempre que es excesivo es dañoso, — podia ser soportable para niños de carne y hueso, como Violeta y Oropéndola, al paso que solo podía producir la destrucción de la estatua de nieve.

Pero los sabios de la calidad del buen señor Lindsey no tienen nada que aprender. Ellos lo saben todo, — ¡oh! es cosa cierta, — todo lo que fué, es y será. Y si sobreviniese algun acontecimiento natural ó providencial, contrario á su sistema, no lo creerían aunque tuviera lugar en sus propias barbas.

(1) 48 grados centígrados.

— Mira, mujer, dijo el señor Lindsey, despues de un momento, ¡mira qué cantidad de nieve han traído estos niños en sus zapatos! Toda se ha derretido y formado un charco delante de la chimenea. Vé á decir á Dora, si gustas, que traiga rodillas para secarlo.
E. S.

Una cosa muy singular se observa en la historia de los Estados-Unidos y es que entre los presidentes de la república que ha habido hasta ahora han sido pocos los que han tenido hijos. Washington no tuvo ningún hijo y ocupó la presidencia ocho años. John Adams tenía hijos y no fué reelegido. Jefferson, no tenía hijos, fué reelegido y ocupó la presidencia ocho años lo mismo que Washington. Madison tampoco tuvo hijos y ocupó también ocho años la presidencia. Monroe no tuvo hijos tampoco y ocupó la presidencia ocho años también. John Quincy Adams tuvo hijos y no fué reelegido. Jackson no tenía ningún hijo y fué reelegido. Harrison murió; Polk no tuvo hijos; Taylor murió, y ahora entre los hombres notables que no tienen hijos se cuenta al presidente Pierce que ha perdido el suyo en el terrible suceso de Andóver. ¿Será esto porque los Norte americanos temen la cólera de algún Hipias concibiendo la posibilidad de algún Pisistrato? Nosotros sin embargo observaremos que en inglés la palabra *son* quiere decir *hijo*, de modo que algunos de los presidentes tales como Jefferson, Madison y Harrison ya que no hayan tenido hijos ante la ley han llevado cada uno un *hijo* en su apellido.

BIBLIOGRAFÍA.

Animales célebres

TORO DE EUROPA.

Mitología de Europa.

Puesto que nos ha cabido nacer en esta parte del globo, que somos españoles aunque escribimos en la capital de Francia, justo será que al comenzar la reseña histórica de los animales célebres, digamos en primer lugar algunas palabras del toro de Europa, del león de España y del oso de Madrid.

Los modernos representan á la parte del mundo llamada Europa como una matrona magníficamente engalanada. Su túnica de varios colores indica la diversidad de sus riquezas; una esplendente corona que ciñe su frente, demuestra el predominio que los romanos la dieron sobre los demás pueblos del mundo; los dos cuernos de la abundancia que tiene á sus piés, denotan la feracidad de la tierra; en sus manos se ven un templo y un cetro, emblemas de la religión y de la forma de gobierno dominante; un caballo y multitud de armas y trofeos militares simbolizan su espíritu guerrero, y los libros, los globos, los compases, pinceles é instrumentos músicos, de que se halla rodeada, revelan sus adelantos en las ciencias. Algunas veces se la figura, como á Palas, el casco en la cabeza, y en las manos un cetro y el cuerno de la abundancia.

Tal es el modo con que los modernos conciben á esa diosa que preside y da nombre á la parte del globo que habitamos; pero no es así la manera con que la conocen y pintan los antiguos.

Europa, nieta de Libia, hija de Agenor, rey de Tiro, y de su mujer Telefasa, sobrina de Belo y hermana de Cadmo, era una jóven de extremada belleza, cuya notable blancura de rostro hizo suponer que había robado el color y la brillantez á Juno. Unos mercaderes cretenses que traficaban en las costas de Fenicia vieron á la jóven Europa jugueteando con sus compañeras á la orilla del mar, y admirados de su hermosura, la robaron para llevarla como presente y regalo á su rey. Mas aunque hay quien dice que el bajel en que condujeron á la jóven llevaba un toro blanco pintado en la proa, de donde tuvo su origen el emblema del toro que caracteriza á Europa entre los antiguos, otros aseguran que el capitán ó jefe de los mercaderes, llamado por nombre Toro, y para quien las gracias de la jóven no pasaron desapercibidas, hubo de anticiparse á los presuntos deseos de su rey, y requerir de amores á la hermosa niña, hasta conseguir á viva fuerza una descendencia directa de su raza. Ello es que Europa, llegada á Creta, fué del superior agrado de aquel príncipe, el cual la tomó por esposa, adoptando, á falta de descendencia propia, la que se suponía habida por violencia con el jefe de los raptadores, llamado Toro.

Agenor, que adoraba en su hija, apenas tuvo noticia de su desaparición, mandó á sus otros hijos, y especialmente á Cadmo, que la buscasen por todas partes, prohibiéndoles volver á la madre patria sin traer en su compañía á la hermosa doncella; pero fueron infructuosos todos los esfuerzos verificados por los hijos de Agenor para cumplir el mandato paterno. Europa, reina ya de Creta, se había ganado la estimación y afecto de sus súbditos en términos de que, no contentos estos con haberla consagrado en vida toda su atención y todos sus esfuerzos, la honraron despues de su muerte como á una divinidad, é instituyeron una solemne fiesta á su memoria.

Hasta aquí pues las palabras de la tradición: oigamos ahora las de la ciencia.

Europa no es otra cosa que la luna. Los fenicios, que fueron los primeros que conocieron la geografía, y que, recorriendo el universo, pudieron distinguir los diferentes países y darlos un nombre conveniente, llamaron á una parte del mundo Asia, esto es, Oriente, región de la luz; á otra Africa, porque el sol abrasa sus arenas; y á la tercera Europa, Occidente, porque allí les comenzaba la noche; y como en ella sustituye á la luz del rey del día la hermosa claridad de la reina de la noche, hubieron de poner por nombre á aquella tierra el mismo que lleva la luna, llamada también *Wrae*, de donde vino la palabra Europa.

La genealogía y la historia de Europa son, por consiguiente, las mismas que de la luna. Su abuela se llamó Libia, voz que significa esplendor; su tío lleva el dictado de Belo, nombre que tuvo también el sol en la antigüedad; es hija de Agenor, que quiere decir hermano de la luz; el nombre Telefasa, de su madre, procede de una voz oriental que significa pasearse en lugares elevados; cuando Europa huye, es que la luna se oculta á la salida del sol; cuando Cadmo la busca, *Cadmus*, que quiere decir *el oriental*, es el Oriente, que viene como dando alcance al astro de la noche; la extraordinaria blancura de Europa es la blancura de la Luna; Luna y Europa son, por fin, una cosa misma.

Pero esto no quita que la historia mitológica, una vez que ha admitido la idea de hacer diosa á la Europa, haya formado su alegoría entre los mas preciados dioses del Olimpo; de donde ha nacido la supuesta transformación de Júpiter en toro. Hé aquí la fábula:

Júpiter, prendado de la sin par belleza de la jóven Europa, arde en deseos de hacerla suya á cualquier precio. Un día que la contempla á la orilla del mar, entretenida en sus infantiles correrías, trasformase en toro, aproximase á la princesa con aire humilde y cariñoso, déjase adornar por ella con guirnalda y flores, come la yerba de mano de la jóven, y en fuerza de sumision y mansedumbre, consigue que la inocente niña se le suba en su espalda; el dios entonces, satisfecho de su obra, brinca de repente y se arroja á las aguas, ganando á nado la isla de Creta por la embocadura de un río: Europa era suya.

Los griegos, viendo que en las márgenes de aquel río crecían multitud de plátanos siempre verdes, dijeron que á la sombra de un plátano escuchó Júpiter las primeras caricias de Europa. Por eso pintan á la jóven muy triste, sentada al pié de un plátano, y volviéndole la espalda á un águila que está á su lado.

El toro de Europa no es pues, según la historia mitológica, sino el dios Júpiter enamorado.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda en Longchamps. — El stander del baron ***. — Un noble tomado por un lacayo. — Los pantalones húsar admitidos por la juventud dorada. — De lo que se debe consultar ántes de aceptar un chaleco. — Qué posición es necesaria para tener caprichos. — Nuevas telas de primavera para chalecos y pantalones. — Lo que tiene que hacer una escritora de modas para conocer la moda masculina en sus mas íntimos pormenores. — Las pantorrillas y las mangas atmosféricas. — Trajes de niños. — Descripción del figurín.

La moda no ha podido ostentarse en Longchamps en todo su brillo y elegancia, por la simple razon de que este paseo oficial llega siempre en una época en que el sol no muestra sus dorados rayos. ¿Cómo se ha de vestir nadie de primavera, cuando sopla un agudo viento de invierno?

Así pues no puedo citar en cuanto á novedades mas que una porción de paletots que claman por una reforma, y otras tantas bufandas con que los paseantes se tapaban la boca y las narices.

Sin embargo, ha habido espléndidos carruajes, y algunos elegantes se atrevieron á desafiar el frío presentándose en Longchamps como verdaderos príncipes de la moda.

Un jóven baron que escribe con el hijo de Alejandro Dumas, guiaba un elegante stander, con tres caballos soberbios, uno detrás de otro. Los arreos de los tres alazanes eran de terciopelo azul Napoleon, con bordados de abejas de oro. Las espléndidas franjas de oro que llevaban eran dignas de un bajá á tres colas.

El jóven baron iba vestido con un traje sumamente raro. Su frac de paño casimir azul Haiti tenía el corte del frac á la francesa, é iba adornado con botones de oro cincelado, sobre los cuales se veían en relieve abejas de oro con ojos de brillantes. Su chaleco era de popelina color de perla, bordado al plumetis con botones de oro esmaltados, viéndose el borde de otro chaleco interior, formando transparente, de muaré rosa. La camisa era de batista con pliegues calados, y tres anchos ojales bordados al plumetis. La corbata era de muaré color de perla bordada de oro.

Otro elegante, el señor marqués de B***, montaba un caballo árabe, en la actitud de un jinete que quiere proclamar á toda costa una nueva moda. Su frac de paño verde ruso no llevaba mas que una sola hilera de botones sobre el delantero del pecho. El talle era de un largo ordinario, con carteras cuadradas en las caderas, mangas anchas y faldones muy cortos redondos por delante. Su chaleco de valencias color de púrpura con vivos de oro, era de chal cruzado. En cuanto á su pantalón ajustado, era de topo inglés, color de ceniza, y llevaba botas de campana con vuelta roja y bellotas de oro.

Algunas señoras sentimentales se desdenaban mirarle, porque le creían un lacayo de buena casa, con librea rara.

Para que juzguen á un hombre en su justo valor, hay que abstenerse de llevar novedades demasiado fantásticas: todo lo

que es galón de oro, ó bordados de plata, parece cosa de lacayo.

En cuanto á trajes masculinos mas sencillos, citaré las levitas derechas con una sola hilera de botones, y el frac con martillo, esto es, con carteras cuadradas en las caderas.

La levita es preferible al frac para salir por la mañana. El talle es un poco largo, y los faldones caen hasta las rodillas.

En los pantalones domina el género húsar en todo el rigor de la palabra, lo que da á los elegantes un airecillo de perdonavidas que para nada necesitaban, pero la elegancia de la juventud consiste hoy en ostentar modales mas propios para café que para las buenas sociedades.

Los chalecos siguen siendo de chal y se abotonan mas ó menos altos. También se llevan algunos subidos, y otros rectos á la inglesa, con botones y ojales de arriba á abajo.

La forma, adornos y corte del chaleco dependen como los corpiños de los vestidos de señora, de la configuración del que le lleva. Hay chalecos buenos para unos, y para otros no valen nada.

El vestir en los hombres es como en las mujeres asunto de coquetería y de buen gusto; solo los hombres ricos pueden llevar prendas de fantasía, porque este género no tiene nada de vulgar; para descollar en él, hay que ponerse lo mas lujoso y bello que pueda imaginarse.

Las nuevas telas para pantalones y chalecos tienen entre sí muchos puntos de contacto. Los tejidos mas á la moda son la seda y el valencias de verano.

Sin embargo, no creo que los elegantes lleven pantalones de seda granadina, á menos que no quieran disfrazarse de pastores, como los que se ven en las pinturas de Watteau.

Las mejores sedas granadinas para chaleco son con florecillas azules, sobre fondo verde y azul. También se hace el mismo género con ramitos negros y de color de cereza, adecuado al color de los ramos.

También se vieron otros de satin con florecillas sueltas, estampadas en relieve, y sembradas en diversos fondos, como gris ceniciento, cierva de los bosques, y colores oscuros.

El satin epínglé presenta asimismo un gran sello de novedad y de elegancia. Este nuevo tejido es encantador; su color es azul-Eugenia con grandes palmas estampadas negras y color castaño, dispuestas alternativamente á cuatro centímetros de distancia. Los matices preferidos son dos: 1º un fondo chiné verde Napoleon y cereza, con flores negras y cereza, sombreadas con un dibujito estampado en negro, y 2º un fondo azul y castaño mezclados con flores color de perla, sombreadas con una tinta encarnada.

Por chalecos de vestir se usa la popelina de seda muaré á la antigua. Se distinguen entre los mas á la moda: — un fondo oreja de oso muaré de blanco con un dibujo de capricho azul Haiti: — un fondo granada con florecillas estampadas azul María Luisa: — un fondo gris Bonaparte muaré de negro y de florecillas estampadas color de cereza, — y por último un fondo cierva muaré de color de violeta, con un delicioso dibujito verde lsly, con reflejos dorados.

Y esas son todas las novedades.

Para llegar á conocer estas novedades, y para poder analizarlas bien, hay que cometer en verdad muchos pecados de coquetería y ligereza, cuya responsabilidad abandono á mis lectores.

Cuando veo en un paseo público un buen mozo vestido con elegancia, al instante apunto en mi libro de memorias: pantalón de tal color, chaleco de tal otro, sombrero Aguado ó d'Orsay. Si me viene una visita, y este es un amigo elegante, entonces hago que me explique todo lo que lleva puesto con una minuciosidad incansable.

Hace pocos días vino á verme un verdadero príncipe de la moda, trayéndome al mismo tiempo un tomo de poesías que pensaba dedicar á la muy noble y muy graciosa emperatriz Eugenia.

— Señora vizcondesa, me dijo inclinándose; quisiera que tuviera Vd. la bondad de leer mis versos, y de decirme lo que le parecen.

— Con muchísimo gusto, caballero. — ¡Qué bonito chaleco trae Vd.! Los botones son záfiro, ¿no es cierto?

— Sí, en memoria de los hermosos ojos azul oscuro de la Emperatriz. — Sobre esto he hecho una composición intitulada: *Perlas y záfiro*, en que rindo homenaje á la belleza de nuestra jóven soberana. ¿Quiera Vd. que la lea?

— Si por cierto; pero hágame Vd. el favor de decirme como se llama la tela de su pantalón, y dígame Vd. también el nombre del junquillo que lleva en la mano, sin olvidar el corte del sombrero, y la forma de sus botas.

— Voy allá; mis versos principian de este modo...

— Creo que lleva Vd. pana en la primavera; ¡qué horror! Voy á destruir su reputacion de Vd. ¡Llevar un pantalón de pana para visitas!

— Pues es la última moda; lo que únicamente haré notar á Vd. es que la pana de primavera es muy ligera y flexible. — También se hacen muchos pantalones de satin de lana de colores cenicientos.

— Eshorabuena, señor conde, háblame Vd. de pantalones y chalecos; ya sabe Vd. cuanto me intereso en todo lo concerniente á las modas masculinas.

Cuando el conde conoció la curiosidad, me dió una noticia que apenas me atrevo á escribir aquí, porque se trata del calzon corto, y por consiguiente de las pantorrillas.

Parece que existe un ingenioso invento para hinchar pantorrillas y desincharlas luego. Antes de ir á las Tullerías, los elegantes desprovistos de pantorrillas, se ponen bajo un émbolo que funciona sin cesar en los días de grandes fiestas oficiales y diplomáticas.

No piensen Vds. que invento yo las pantorrillas elásticas; el procedimiento existe, ahora falta saber si es bueno.

También se habla de enaguas femeninas que se hinchan á beneficio de la misma presión atmosférica. Estas enaguas se pasearon en Longchamps en un carruaje de anuncios.

Antes de describir el figurín que representa trajes de primavera de un exquisito gusto, quiero hablar un poco con mis lec-

tores de cuatro á once años, para enseñarles á ser elegantes lo mas pronto posible. — Un viejo teólogo, hombre de mucha gracia y muy docto, me decia una vez que la palabra *coqueteria* es sinónimo de *benevolencia*; y en efecto una persona que cuida de su traje es porque quiere agradar á los otros.

Ea pues, niños míos, si queréis ser elegantes, escuchad mis consejos.

Si tenéis cuatro, cinco y aun siete años, llevad blusitas de valencias escocés, con corpiño plegado abierto por delante hasta la cintura, con falda corta, mas ancha que el corpiño, y adornada con pliegues aplastados. Las mangas de estas blusas se hacen á la religiosa ó á la griega, con mangas rizadas interiores. La blusa toda se ribetea con un galon de seda ó de terciopelo del mismo color.

Tambien se lleva para la misma edad un bonito caraco de cachemira liso, paño de damas, ó de fantasia, cortados rectos por detrás, y sueltos y redondos por delante. Con este caraco se lleva chaleco de piqué blanco, abotonado hasta arriba, y pantalon plegado ó liso, pero sobre todo muy ancho, y cayendo sobre el zapato.

Los niños de ocho á once años gastan las antiguas chaque-

tillas argelinas, ó á la húngara, aunque muy modificadas.

La chaquetilla argelina no lleva cuello, y se abotona únicamente por arriba con tres botoncitos, pero la otra, tambien sin cuello, se abotona toda si se quiere.

La chaquetilla inglesa se lleva muy poco ó nada.

Pasemos ahora á nuestro figurin :

La primera figura representa un joven lacayo con una bonita librea de *groom*, para seguir á su amo á caballo. Esta librea se compone de una levita de cachemira de Lahons (color de ave-llana claro), cerrada toda con una sola hilera de cinco botones de metal con cifras en medio. El talle es largo y dibuja el cuerpo. El faldon es corto y poco ancho, el cuello caido, y las bocamangas á la Luis XV, de paño violeta, con un galon de oro de 25 milímetros de ancho. El chaleco es del mismo paño que el cuello de la levita, á chal corredizo, abotonado alto, redondo y cubriendo las caderas.

Calzon de piel blanca, hasta la mitad de la pantorrilla, muy ajustado, y bota de campana.

El segundo personaje es un hombre de 30 á 40 años en traje de montar. El frac parece inglés; lleva un cuello á la sajona, con talle largo, faldones cortos y redondos, y sin bolsillos por

detrás. En el pecho hay dos bolsillitos, uno á cada lado para guardar dinero.

Con este frac se lleva por lo comun un chaleco de piel de topo cenicienta, forma Luis XVI, abotonado alto. Pantalon de ante ajustado, y botas altas. El pantalon baja hasta cinco centímetros del tobillo, y se sostiene con una trabilla.

El traje de amazona que se ve despues está copiado de los que se vieron en las carreras de caballos de La Marche. El caraco cierra sobre el delantero, y se prolonga hasta abajo, con una faldeta abierta por delante. Mangas de anchura regular, con altas bocamangas á la Juan Bert, redondas y sin abertura. Sombrero á la española de fieltro negro con una pluma al lado.

El niño que se ve en el figurin tiene 7 ú 8 años. Su traje consiste en una chaquetilla argelina de terciopelo azul, cortada recta por delante y detrás, redonda por los ángulos, y cerrada con presillas. — Chaleco de valencias rayado cereza y blanco, cerrado hasta arriba. Pantalon de punto con cuadros, género semi-húsar, ajustado al pié y con trabillas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Leopoldo I rey de los belgas.



Hasta el año 1816 no entró en la escena política el personaje cuya vida vamos á bosquejar en algunos renglones; tenia en aquella época 26 años. El público europeo, sobre todo los ingleses, desearon conocer el carácter de Leopoldo, pues iba á casarse con la heredera presuntiva de la corona de Inglaterra.

« Desde su mas tierna edad, decia un cronista de la casa de Sajonia, el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo dió pruebas de un juicio recto y de un corazon tierno y benéfico. A medida que iba entrando en edad, se desarrollaba en él la inclinacion por las ciencias, y ya desde entónces su carácter llevaba el sello de una imponente gravedad, y de una moderacion poco comun. »

Leopoldo recibió una brillante instruccion, y las vicisitudes por que pasó su casa con motivo de la guerra con la Francia, parecen haber servido solo para conservar la pureza de sus costumbres, y para influir sobremas en esa rara moderacion, en ese ardiente amor por la justicia, que son las cualidades distintivas y predominantes del carácter de se príncipe.

Leopoldo de Sajonia Coburgo nació el 16 de diciembre de 1790, y es el hijo tercero del duque Francisco Antonic, feld mariscal que fué general en jefe de los ejércitos aliados en los Países Bajos al principio de la revolucion francesa.

Leopoldo, como era hijo tercero, tenia muy poco con que contar en las rentas de su casa, pero la fortuna pensaba suplir esto nada ménos que con una corona. Todo el mundo le creyó destinado al papel que desempeña hoy el príncipe Alberto como esposo de la reina de Inglaterra, mas habiendo muerto su mujer, que era la primera que debia subir al trono de la Gran Bretaña, Leopoldo II vió desvanecidas sus esperanzas.

Pero la fortuna no quiso abandonarle, y Leopoldo estuvo á punto de ser rey de los griegos. Los plenipotenciarios francés, inglés y ruso redactaron un protocolo en Lóndres con fecha de 4 de enero de 1830, ofreciéndole la corona de Grecia; pero Leopoldo no pudiendo ponerse de acuerdo con aquellas potencias en ciertas cuestiones capitales, como la demarcacion de los límites del nuevo Estado, dió entónces su dimision, paso que le honra sobremas.

Por último, la revolucion belga estalló á poco tiempo en la Flandes y el Brabante, y eligieron como rey al duque de Nemours; pero Luis Felipe se opusó á esto, y Leopoldo de Sajonia Coburgo fué proclamado soberano por el congreso de representantes de la Bélgica en la sesion del 4 de junio de 1831. De 190 votos, Leopoldo tuvo en su favor 152, y aceptó la corona.

Sin embargo, poco faltó para que su religion le alejase del trono, pues Leopoldo pertenece al culto luterano, pero hasta los católicos le apoyaron, á fin de que la Bélgica pudiese ser bajo el reinado de este rey un pueblo independiente.

En la cuestion de Holanda, el rey Leopoldo, ayudado por la Francia, se mostró celoso de los derechos de la Bélgica, y afianzado en el trono mediante los socorros de Luis Felipe, se casó con Luisa de Orleans el 9 de agosto de 1832.

De su matrimonio tuvo cuatro hijos; el primogénito, que nació el 24 de julio de 1833, murió en una edad muy tierna. En el dia quedan Leopoldo Luis Felipe Maria Victor, duque de Brabante, que nació el 9 de abril de 1835; Felipe Eugenio Fernando Leopoldo, conde de Flandes, que nació el 25 de marzo de 1837, y Maria Carlota Amalia Victorina Clementina, que nació el 7 de junio de 1840.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda : uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESSES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15 » »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16 » »
Para Puerto Rico.	13 30 macuquinos	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEXICANA	
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.	
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12 pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico.	20
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14 » »	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22
Para la provincia de Cúmana.	12 75 » »	Para el interior de la República Mexicana.	29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES :

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y Ca.
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr MORINGLANE.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Lima.	— José MACIAS.	Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoa.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Id.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESENER Y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH Y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Ciudad Bolivar.	— ARTOLA Y Ca.	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.